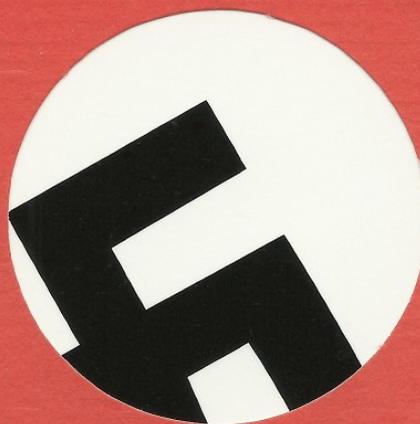
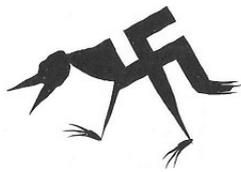


JORGE VOLPI
OSCURO BOSQUE OSCURO




Almadía



JORGE VOLPI

OSCURO BOSQUE OSCURO

UNA HISTORIA DE TERROR



MAR ABIERTO
narrativa contemporánea

Derechos reservados

© 2009 Jorge Volpi

© 2009 Editorial Almadía S.C.

Avenida Independencia 1001

Col. Centro, C.P. 68000

Oaxaca de Juárez, Oaxaca

Dirección fiscal:

Calle 5 de Mayo, 16 - A

Santa María Ixcotel

Santa Lucía del Camino

CP. 68100, Oaxaca de Juárez, Oaxaca

www.almadia.com.mx

Primera edición: agosto de 2009

ISBN: 978-607-411-023-4

Impreso y hecho en México

Para Ro

RECLUTAMIENTO

Había una vez,
cerca de un oscuro bosque oscuro,
un miserable leñador que vivía con su esposa
y sus dos hijos,
un niño pequeño y una niña pequeña,
apenas tenían qué comer el miserable leñador
y su esposa y sus dos hijos,
cerca del oscuro bosque oscuro,
cuando una terrible hambruna se abatió sobre
esas tierras
y el miserable leñador ya no conseguía ni una ración
de pan,
ni una sola,
cerca del oscuro bosque oscuro,
y mientras yacía en cama el leñador maldecía su suerte,
ni una ración, se lamentaba, ni una,
qué será de nosotros qué, le dijo a su esposa,
cómo los alimentaremos,
cómo alimentaremos a nuestros hijos,
cómo si nosotros, si ni siquiera nosotros,
el miserable leñador se lamentaba mientras yacía
en cama,
y su esposa le dijo escucha,
escucha lo que haremos, le dijo,
nos levantaremos muy temprano por la mañana,
muy temprano los cuatro, le dijo,
e iremos al oscuro bosque oscuro

y les daremos una hogaza, la última hogaza,
a nuestro hijo y a nuestra hija, le dijo,
y les diremos que vamos por leña o lo que sea,
eso les diremos y nos alejaremos de allí, por leña
o lo que sea,
los dejaremos allí, a nuestro hijo y a nuestra hija,
así nos libraremos de ellos,
se quedarán allí,
solos en lo más oscuro.

A todos,
repetirá el capitán en voz baja, inaudible,
casi un gemido,
a todos,
alguien reconocerá una lágrima,
qué vergüenza, capitán, una lágrima,
casi un gemido,
a todos,
una lágrima en su mejilla y luego otra,
qué le ocurre, capitán, cómo usted, una lágrima
qué escándalo, una lágrima y luego otra
escurriendo por sus mejillas,
debería usted controlarse, qué ejemplo, imagine qué
ejemplo y qué vergüenza, capitán,
a todos,
repetirá él, en voz baja, casi inaudible,
sí,
a todos,
casi un gemido, casi un gemido.

Luk amasa la harina mientras oye las noticias
de la guerra,
las ondas expansivas de la guerra,
allí, junto al horno,
Luk amasa la harina y añade levadura mientras el
locutor insiste en la victoria,
en la urgente victoria,

y Luk moldea un pan redondo, succulento,
aún se puede hornear un pan succulento,
Luk no piensa en otra cosa, no piensa, moldea el pan
mientras la voz radiofónica se agita y ya no dice
victoria, ya no,
ahora habla de ellos, de los enemigos,
Luk se enjuga el sudor con un trapo, el calor del horno
lo abotaga mientras la voz habla de insectos,
así los llama la voz,
insectos,
Luk moldea un pan succulento,
un pan crujiente mientras oye hablar de insectos,
de plagas de insectos,
de amenazantes plagas de insectos.

A todos,
ordenó semanas antes, en la capital, otra voz,
la única voz.

Cincuenta y seis años, señor,
cincuenta y seis años no mal llevados, pero cincuenta
y seis años al fin y al cabo, señor,
cómo yo, de qué serviría yo, un viejo, qué despropósito,
policía a mis años,
imagínese un carpintero vuelto policía, señor,
policía de reserva, lo entiendo, gracias por la
aclaración, pero aun así un viejo,
aunque si no hay más remedio, si es necesario servir
a la patria, quiero decir,
los jóvenes combaten en el frente, lo sé,
mueren en el frente por nosotros, no quise parecer
egoísta, señor,
por supuesto un sacrificio así es nada, nada comparado
con lo que nuestros jóvenes padecen en el frente,
lo entiendo, señor,
y estoy dispuesto, muy dispuesto,
allí me tendrá mañana, señor,

listo para cumplir con mi deber, señor,
sólo dudaba que un carpintero como yo, que un viejo
como yo.

De la fachada rococó no quedan sino ruinas, humo,
cenizas,
el capitán suena su silbato, da instrucciones a diestra
y siniestra, anima a su batallón y se precipita hacia
una ventana,
quiere dar ejemplo a sus muchachos y se precipita
hacia los restos calcinados de una ventana,
distingue un aullido,
alguien aúlla como un cachorro lastimado,
alguien que no respetó el toque de queda,
éstas son las consecuencias de no obedecer a la policía,
piensa el capitán más dolido que indignado,
cuando se interna en el humo,
el valeroso capitán da ejemplo a sus muchachos
y se adentra en las ruinas, listo para cumplir
con su misión,
feliz, diríamos feliz por cumplir con su misión,
por salvar a un herido,
a ese desobediente que gime como un cachorro porque,
ay, no obedeció a la policía.

Niño, cuatro años, depositado en la clínica municipal,
anota el capitán en su informe.
Erno Satrin pasea por su fábrica, la pequeña fábrica
que le heredó su padre, y suspira,
aun si todo funciona suspira,
las máquinas bien aceitadas, el ensamblaje en
sincronía, los tubos, las válvulas, los engranes
a toda marcha,
Erno Satrin suspira porque antes su fábrica,
la pequeña fábrica de su padre,
producía cochecitos de bomberos, ambulancias en
miniatura y las muñecas más bonitas de la comarca

y acaso del país,
muñecas de verdes ojos encendidos, de rojo cabello
natural,
muñecas cuyo plástico opacaba a la porcelana,
muñecas que sus hijas adoraban y que toda niña
pedía de cumpleaños,
en cambio ahora su fábrica, la pequeña fábrica
de su padre, sólo produce extrañas refacciones,
accesorios para carros de combate, rifles de asalto
y metralletas, lanzagranadas,
Erno Satrin contempla el movimiento frenético,
las máquinas a todo vapor
y recuerda los cochecitos de bomberos,
las ambulancias en miniatura
y las muñecas de verdes ojos encendidos.

Un buen día el puerto amanece tapizado con carteles,
torso gallardo en uniforme marino,
quepí alzado,
rictus sereno sobre fondo rojinegro,
en primer plano la insignia nacional
y esas letras ominosas que te convocan,
hoy más que nunca la patria te necesita,
únete a la policía del orden.

Los jóvenes se han ido al frente, a morir en el frente,
y en el puerto sólo quedan viejos,
moribundo puerto custodiado por viejos.

Años de esperar una oportunidad como esta, señor,
musita Jon Guridien,
cada sílaba un golpe de metralla,
años, señor,
desde el inicio de esta gloriosa guerra
esperaba la oportunidad de servir a la patria,
cada sílaba un disparo,
pero siempre desestimaron mi entusiasmo, dijeron

que ya no tenía edad,
me hicieron sentir una basura,
perdone que lo repita, señor, una basura,
me dijeron que se podía servir a la patria
de otro modo,
que un estibador también contribuye a la gloria
de la patria,
qué decepción, señor, una basura,
cada vocal un estallido,
yo no podía conformarme con eso,
permanecer en este maldito puerto, con su perdón,
en este puerto moribundo mientras nuestros jóvenes
se baten en el frente,
mientras nuestros jóvenes entregan sus vidas en el
frente, y yo aquí,
estibador en este puerto moribundo,
una basura,
no sabe cuánto le agradezco,
cada consonante un golpe de bayoneta,
cuánto le agradezco, señor,
le prometo ser el más leal y el más valiente,
el más valiente y el más leal,
musita Jon Guridien al firmar su inscripción en la
policía del orden.

Los insectos se esconden por doquier,
advierte otro cartel.

Antes de que se alzara el sol, antes de que el blanco sol
se alzara,
la madre despertó a sus hijos con un grito,
levántense perezosos, les dijo,
levántense porque iremos al bosque a buscar leña, a
buscar leña al oscuro bosque oscuro,
les dijo al entregarles una hogaza,
la última hogaza,
y les dijo sólo esto tendrán por alimento, hijos míos,

sólo esto, les dijo,
la niña tomó la hogaza, la última hogaza,
la partió en dos y guardó los trozos en sus bolsillos
pues su hermano,
que había escuchado la nocturna conversación de sus
padres,
había llenado los suyos con guijarros,
guijarros que a la luz de la luna relucían como espejos,
luminosos guijarros que el pequeño dejaría caer
uno tras otro, uno tras otro,
guijarros que a la luz de la luna señalarían el camino
de vuelta a casa, uno tras otro, uno tras otro,
guijarros como espejos que rescatarían a los hermanos
de la fría oscuridad del bosque oscuro.

Cuidado con el inocente mirar de los insectos.

Se quiebra el cielo sobre el puerto, el horizonte
púrpura sobre el puerto moribundo,
se quiebra el cielo con los últimos rasguños del ocaso
y los estibadores abandonan los muelles,
los viejos surgen cual hormigas de los muelles
y alzan los ojos hacia el púrpura que se quiebra
encima de ellos,
al final de esa tarde somnolienta,
antes de reunirse con sus familias, lo que queda
de sus familias,
sus esposas y sus hijas y los poquísimos niños
que aún deambulan por el puerto,
el moribundo puerto,
pero después de que los estibadores abandonan los
muelles,
de que surjan cual hormigas,
mientras sus ojos aún contemplan los últimos
rasguños del ocaso, listos para reunirse
con sus familias,
una parvada de AT-51 cruza el cielo, el cielo púrpura,

un zumbido y otro y otro,
el zumbido de los AT-51,
y entonces el fuego se precipita sobre el puerto,
abrasa tablonas y grúas, arceas y contenedores,
enloquecen las sirenas, la piedra estalla
y arde la carne de unas afanadoras que no alcanzan
a bajar a los refugios,
los estibadores corren y se resguardan y rezan
mientras el cielo se quiebra sobre el puerto,
ya no el cielo púrpura,
el horizonte con los últimos rasguños del ocaso,
ya no,
sino un cielo negro, brutalmente negro,
iluminado sólo por las llamas.

Lo prometo, Tesa,
se arrodilla el subteniente Drajurian,
debes creerme, palomita, en el primer permiso,
en el primero, lo prometo, gorrioncito, regresaré
y nos casaremos,
nos casaremos en la iglesia de Santa Prícida como
has soñado, nos casaremos y haremos una fiesta,
palomita,
una fiesta discreta, claro, no se puede derrochar en
estos tiempos,
una fiesta con tus padres y mi madre, una verdadera
fiesta cuando regrese, Tesa, gorrioncito,
pero ahora tengo que irme, lo siento, no es fácil ser
la mujer de un policía, palomita, lo sé, pero tú
entiendes,
se trata de mi carrera, de nuestro futuro,
cuando regrese nos casaremos y haremos una fiesta,
lo prometo.

La patria te necesita,
lees en uno de los carteles y descubres
que no hay alternativa,

lector: te habla a ti.

Órdenes superiores,
añadirá el capitán,
casi una disculpa, casi una absolución, casi un pretexto,
su voz ya no un gemido,
se verá obligado a contenerse,
secas las mejillas,
órdenes de la capital,
insistirá ya sin temblar ni balbucir, tal como habrán
de recordarlo sus subordinados,
de nuevo sobrio y contenido, su autoridad recuperada,
severo y firme,
órdenes superiores, añadirá, órdenes.

Gracias a los guijarros luminosos,
uno tras otro, uno tras otro,
a los guijarros como espejos,
uno tras otro, uno tras otro,
los hermanos lograron escapar del oscuro bosque
oscuro y regresaron a casa, sanos y salvos,
regresaron y su madre los miró y enfureció,
les dijo perezosos dónde han estado, les dijo,
y les ordenó irse a dormir sin más nada de cenar,
sin más nada, perezosos,
mañana iremos por más leña,
mañana muy temprano al oscuro bosque oscuro.

Ayuda a exterminar a los insectos,
únete a la policía del orden.

Luk sueña con permanecer al lado del horno,
el plácido calor de su horno,
mientras amasa la harina con la levadura y moldea
panes suculentos,
aún puede moldear panes suculentos,

Luk sueña con quedarse allí y no pensar
en nada,
pero a su negocio apenas llegan visitantes,
qué tal señora Hurx, cómo le va señor Gonel,
uno o dos compradores al día, uno o dos, cuando antes
se formaban largas filas a su puerta,
filas que incluso en invierno doblaban la esquina y
serpenteaban hasta la plaza,
el puerto invadido por el dulce aroma de su horno,
gente que vivía en el centro, en los muelles y
hasta en los barrios altos se desplazaba hasta
el negocio de Luk,
recorría varias millas para degustar sus panecillos
recién hechos, hacían cola bajo la nieve o en la
ventisca,
en cambio ahora ya nadie lo visita,
qué tal señor Herde, cómo le va
mademoiselle Agurian,
ya no es suficiente, uno o dos clientes al día,
tres a lo más,
Luk no tiene más remedio que apagar
el horno,
lo apaga y se precipita a la blanca tarde,
echa llave a la cerradura y se encamina al centro,
rumbo a la mole color sepia donde se aloja la policía
del orden.

Muy temprano por la mañana, muy temprano,
el cielo plomizo y los cuervos aún dormidos,
el miserable leñador y su esposa y sus dos hijos
volvieron a salir a buscar leña,
una vez más se internaron en el oscuro bosque oscuro
y, al llegar a lo más oscuro, el leñador y su esposa
abandonaron a sus hijos,
los abandonaron allí, solos en lo más oscuro,
el cielo de plomo y los cuervos aún dormidos,
y el hermano le dijo a su hermana no te angusties,
le dijo,

al salir no encontré guijarros luminosos, guijarros
como espejos, no, pero fui desmigajando la mitad
de mi hogaza, le dijo,
no te preocupes, hermana,
dejé caer las migas por el camino,
una tras otra, una tras otra,
nos bastará con seguirlas para volver a casa,
una tras otra, una tras otra,
esperaremos a que los primeros rayos de sol
atravesen la espesura y volveremos a casa,
hermana, le dijo,
cuando los primeros rayos de sol atravesaron
la espesura, un centenar de cuervos alzó
el vuelo,
y los negrísimos cuervos se abalanzaron sobre las
migajas,
uno tras otro, uno tras otro,
los negros cuervos se abalanzaron sobre ellas y las
devoraron en un santiamén,
en un santiamén las devoraron,
ay, hermano, qué será de nosotros qué, lloró la
hermana,
ahora jamás escaparemos del oscuro bosque oscuro.

Qué clase de batallón es este,
gruñe el subteniente Drajurian,
panaderos, sastres, estibadores, carniceros, plomeros,
artesanos,
qué clase de batallón, cielo santo,
electricistas, jardineros, albañiles, carpinteros, taxistas,
vendedores de seguros, verduleros, maestros de
primaria, agentes de viajes,
cielo santo, ninguno menor de cincuenta, ninguno,
sólo viejos, un batallón de viejos,
a quién se le ocurre, cielo santo,
cómo darles órdenes a estos carcamales cómo, cielo
santo.

Cuántos reclutas, pregunta el capitán sin levantar los
ojos de sus papeles,
revisa sus papeles,
trescientos cincuenta y ocho, capitán, le responde el
sargento Amat, y sólo cincuenta policías de carrera
cincuenta solamente, capitán,
pero el capitán no se inmuta,
tampoco levanta los ojos de sus papeles,
se quita los anteojos, los limpia con un lienzo
y dice faltan bastantes todavía, sargento,
nuestras órdenes son formar un batallón
de quinientos efectivos,
ni uno más ni uno menos,
quinientos efectivos en el batallón 303 de la policía
de reserva.

Nuestros jóvenes mueren como ratas en el frente,
únete a la policía del orden:
tú.

Una panda de inútiles, viejos inútiles,
mascula el sargento Amat,
ni con años de entrenamiento,
el subteniente Drajurian lo secunda,
qué piensa el capitán,
no sé qué piensa,
mírelos nada más, sargento, viejos decrepitos,
cómo habrían de poder cómo.

Viejos en uniforme,
viejos con botas desgastadas,
torpes carcamales.

Mucho gusto, capitán,
lo saluda Erno Satrin extendiéndole la mano,
el capitán lo mira de arriba abajo, lo mira y

le responde mucho gusto, señor Satrin,
como si no se dirigiese a un subordinado, al nuevo
sargento del batallón 303 de la policía de
reserva,
como si se conociesen de toda la vida,
el capitán ya lo ha medido,
se precia de medir a sus hombres y a Erno Satrin
lo ha medido,
sabe que el empresario es un hombre de confianza,
de una pieza,
y sabe también que no será su amigo porque en estos
tiempos los amigos no existen,
pero reconoce a un hombre de confianza,
un hombre con quien recordar el pasado
con un cigarrillo,
un hombre con quien beber una cerveza en el
remanso de la noche,
un hombre con quien recordar sin miedo,
con una cerveza, la calma de antaño.

Brilla el rojo cabello de su hija,
el capitán es moreno y morena es su esposa,
pero el cabello de Alix, su única hija, su hija
de once años, es rojo y brilla como antorcha
en la penumbra,
el capitán se emociona con el rojo cabello de su hija
y corre a abrazarla como si nunca más fuera a
abrazarla,
como si nunca más fuera a emocionarle su brillo de
antorcha en la penumbra,
el capitán abraza a Alix, su hija de once años,
simplemente la abraza.

Cuidado con el dulce hablar de los insectos.

Piensen en nuestros jóvenes, en los jóvenes que caen
en el frente, los miles que a diario caen en el

frente,
se excusará el capitán, la voz de nuevo quebrada, el
rostro lívido,
piensen en el fuego que abrasó el puerto, en el humo
y en las llamas, en las afanadoras que no alcanzaron
a bajar a los refugios,
piensen en todo esto,
dirá el capitán con el rostro lívido.

Deambularon por horas en el oscuro bosque oscuro,
horas y horas, el hermano y la hermana,
hambrientos y extraviados, sin encontrar un sendero
en la espesura,
extraviados y ateridos mientras rugían las bestias o
crepitaban las hojas secas,
los hermanos se abrazaban y luego proseguían su
camino,
esquivaban los troncos majestuosos y las violentas
enramadas, los amarillos ojos de las bestias,
cuando al fin distinguieron un claro en la espesura
y se tomaron de las manos y corrieron hacia
el claro,
en el claro descubrieron una cabaña de colores,
una cabaña hecha de dulce, de mazapán y caramelo,
de merengue y caramelo,
una cabaña de dulce en medio del oscuro bosque
oscuro,
el hermano y la hermana no dudaron en arrancarle
un trozo a la cabaña,
un trozo con sabor a chocolate y otro a jamoncillo,
uno tras otro, uno tras otro,
hasta que una anciana de agudos dientes cenicientos,
agudísimos dientes, los invitó a pasar al
interior,
vengan, niños, les dijo, vengan, adentro hay dulces
aún más suculentos, vengan,
y cuando los hermanos entraron en la cabaña la
anciana los encerró en una jaula sucia y

polvorienta,
los encerró y les dijo niños malvados se han comido
mi casa, les dijo,
ahora se convertirán en mi alimento, les dijo,
cuando estén gordos y grasosos, les dijo,
los meteré al horno y devoraré sus gordos cuerpos
suculentos.

Viejos y decrepitos,
se atreve a decir el sargento Amat,
nunca podrán, jamás podrán estos viejos,
pero el capitán lo interrumpe con violencia,
levanta los ojos de sus papeles, feroces ojos,
y le clava una mirada de lobo al sargento Amat, una
mirada de desprecio,
sargento Amat se lo prohíbo, mucho cuidado,
sargento,
esos hombres merecen nuestro respeto,
son ciudadanos ejemplares, sargento,
ciudadanos dispuestos a sacrificarse por la patria
como usted y como yo.

Matar a un insecto no es matar.

Jon Guridien se prueba el uniforme, el uniforme
marino, y luce su nueva insignia ante el espejo,
quisiera saltar y reír pero se limita a ensayar un saludo,
el brazo bien extendido ante el espejo.

Su primera noche en las barracas, Luk Embler sueña
que es hijo de un rey y que en el silencio del bosque
encuentra a una princesa.

El sargento Amat sueña con un corcel azul,
un corcel azul con una montura recamada en oro,

sueña que cabalga el corcel azul hasta llegar a un castillo con torres de cucurucho e inmensos ventanales,
sueña que se detiene frente al castillo,
sueña que desmonta del hermoso corcel azul
y sueña que, antes de entrar en el castillo, el castillo con inmensos ventanales y torres de cucurucho,
dispara su revólver y el hermoso corcel azul se desploma sobre la nieve como un fardo.

Jon Guridien sueña que una tribu de enanos lo persigue.

Erno Satrin sueña con una sala de concierto,
un piano en el escenario vacío de una sala de concierto,
un piano del que emana una lenta melodía,
un piano que se resquebraja en mil pedazos.

El subteniente Drajurian sueña con las nalgas de su amada.

Tesa, la prometida del subteniente Drajurian,
se sueña enferma,
muy enferma,
invadida por una hiedra que crece lentamente en sus entrañas.

El capitán no recuerda sus sueños.

Y tú con qué sueñas, lector.

Al fin son quinientos, capitán,

reporta el sargento Amat con disgusto,
quinientos, repite el capitán, magnífico,
es hora de iniciar los ejercicios.

Antes de marcharse, el subteniente Drajurian
y su prometida se acuestan en una playa
abandonada,
el subteniente Drajurian aúlla de placer y Tesa, en
cambio, apenas reprime el llanto.

No tengas compasión de los insectos.

Órdenes terribles, órdenes tremendas, órdenes atroces,
órdenes que no quisiera jamás haber leído,
murmurará el capitán, extenuado, enfermo, los ojos
otra vez acuosos,
órdenes que tengo que cumplir.

Día tras día la anciana de dientes puntiagudos, de
agudos dientes cenicientos,
daba dulces y más dulces a los hermanos, caramelos
y mazapanes, bombones y rosquillas,
los quería gordos y grasosos,
pero como la anciana tenía mala vista palpaba el índice
del hermano y luego el de la hermana,
palpaba sus dedos para comprobar cuánto habían
engordado,
pero el hermano, el astuto hermano, le mostraba cada
día unos huesos de pollo,
los escuálidos huesos de una pierna de pollo para
que la anciana los creyese flacos e indignos
de comerse,
para que la anciana de agudos dientes cenicientos
no tuviese ansias de devorarlos,
un buen día la anciana se cansó de esperar la lenta
engorda y dijo me los comeré así, dijo,

al horno con ustedes, dijo
y los sacó a empellones de su jaula, los sacó y los
introdujo en su gran horno,
crepitaba la leña del oscuro bosque oscuro,
la anciana los empujó allí,
uno tras otro, uno tras otro,
el hermano y la hermana quedaron atrapados entre los
carbones y las flamas,
acostados en un gran perol como pollos o lechones,
el hermano gritaba y gemía y su piel se rostizaba,
la hermana gritaba y gemía y su carne se
achicharraba,
el hermano y la hermana gemían y aullaban y lloraban
al unísono en el interior del horno,
de pronto se hizo un gran silencio,
un silencio de muerte,
y entonces la anciana de agudos dientes cenicientos
apagó el horno,
sacó el perol, lo llevó a la mesa y, sin esperar a que se
enfriara, a que se enfriara la chamuscada carne de
los niños,
comenzó a devorar a los hermanos,
uno tras otro, uno tras otro,
primero las mejillas, las succulentas mejillas,
y luego los brazos y los muslos, las tiernas caderas
y la espalda y la carne pegada a las costillas,
fastuoso banquete de la anciana,
las orejas crujientes y las vísceras, los labios y los ojos,
el hígado y los riñones, los exquisitos riñones,
la anciana de agudos dientes cenicientos se comió
a los hermanos,
uno tras otro, uno tras otro,
devoró a los dos hermanos.

ENTRENAMIENTO

Había una vez,
cerca de un oscuro bosque oscuro,
un rico hombre casado con una mujer bella y
piadosa,
el hombre rico y la mujer piadosa nada deseaban
tanto, nada tanto como un hijo,
la mujer rezaba a diario para que la providencia
se lo concediera,
un hijo por el amor de dios,
pero la providencia la ignoraba y el ansiado hijo
no nacía,
un día de invierno,
la fría luz en las montañas,
la mujer se sentó bajo las ramas de un junípero,
el imponente junípero que se alzaba ante su casa,
y empezó a pelar una manzana,
de pronto se cortó un dedo, ay
la sangre cayó sobre la nieve, ay,
y mientras las gotas de sangre se extendían sobre
la nieve
la mujer dijo si sólo tuviera un niño tan rojo como
la sangre, tan rojo, y tan blanco como la nieve,
tan blanco,
dijo la mujer antes de volver a casa,
pasó un mes y la nieve se derritió,
pasaron dos meses y todo se tiñó de verde,
pasaron tres meses y las flores tapizaron

la pradera,
pasaron cuatro meses y las copas de los árboles
se cubrieron de espesura,
pasaron cinco meses y las ramas se enredaron
unas con otras,
pasaron seis meses y la mujer se sentó a la sombra
del junípero y sus frutos maduraron,
pasaron siete meses y la mujer recolectó las bayas
y las comió con gula,
pasaron ocho meses y la mujer enfermó,
mandó llamar a su esposo y le dijo si muero, esposo,
le dijo,
si muero me enterrarás bajo la sombra del junípero,
le dijo,
y pasaron nueve meses y la mujer dio a luz un niño
tan rojo como la sangre, tan rojo, y tan blanco
como la nieve, tan blanco,
la mujer lo miró, lo miró arrobada, y murió feliz
por ese hijo tan rojo como la sangre y tan blanco
como la nieve,
el esposo cumplió la promesa y enterró a la
mujer a la sombra del junípero,
imponente junípero.

Disparen, ancianos,
ordena el sargento Amat,
como si los monigotes estuviesen vivos,
mírenlos de frente, ancianos, mírenlos a los ojos,
directo a los ojos, y disparen.

Órdenes atroces, ordenes tremendas, órdenes
temibles,
dirá el capitán,
pero estoy obligado a cumplirlas,
yo,
comandante del batallón 303 de la policía de reserva,
estoy obligado a cumplirlas,

órdenes tremendas,
dirá el capitán,
en cambio ustedes, caballeros,
la voz quebrada,
ustedes en cambio.

Tú también despiertas, lector, en las barracas,
tú también has dejado atrás a tu familia,
a tu esposa y a tus hijos,
también despiertas solo en las barracas, las inmundas
barracas,
eres un policía de reserva, un policía como los que
ahora te rodean,
un miembro más del batallón 303 de la policía
de reserva,
lector.

Jon Guridien no suelta su bayoneta ni un instante,
enamorado del tubo de metal que le han confiado al
iniciar los ejercicios,
Jon Guridien lo lleva a todas partes, pule su superficie
con esmero, lucha contra el óxido,
Jon Guridien lava la empuñadura y enristra la bayoneta
a la menor oportunidad, enamorado,
Jon Guridien ama su bayoneta tanto como amó a su
esposa muerta.

Saludar, ya,
un paso al frente, ya,
paso veloz, ya,
flanco izquierdo, ya,
flanco derecho, ya,
presentar armas, ya,
saludar, ya,
un paso al frente, ya,
paso veloz, ya,
flanco izquierdo, ya,

flanco derecho, ya,
presentar armas, ya,
paso veloz, ya,
saludar, ya,
flanco izquierdo, ya,
firmes, ya,
paso veloz, ya,
saludar, ya,
saludar, ya,
saludar, ya.

Apunten a los ojos, ancianos, y disparen.

Cuánto te extraño, palomita, cuánto aquí, en estas
barracas,
el tiempo muerto, aquí, el vaivén lento de las horas,
tantas horas, gorrioncito,
rodeado por esta panda de viejos, estos viejos que
nada saben de la guerra,
le escribe el subteniente Drajurian a su prometida,
cuánto te extraño, palomita, cuánto en esta
porqueriza, en este limbo, tan lejos del fragor
y los combates, tan lejos de ti,
tratando de que estos viejos aprendan a cargar un
fusil, a empuñar una bayoneta, a disparar a blancos
móviles, gorrioncito,
qué aburrición y qué fastidio, ancianos inútiles,
qué van a aprender en seis semanas qué,
ni a cargar un fusil, palomita,
menos a dar en el blanco, menos, seis semanas
en balde, seis semanas a la basura, gorrioncito,
cuánto te extraño entre estos viejos cuánto, yerran
los tiros, les tiembla el pulso, dudan y dudan los
viejos, qué fastidio,
y la guerra tan lejos y tan lejos tú, palomita.

Piensen en las ruinas humeantes de la patria, ancianos

y disparen.

Luk Embler abre los ojos,
ni las cinco de la madrugada,
al ver las negras vigas del techo piensa en
su horno,
en el pan succulento que ya no habrá de moldear
en su horno,
los ojos muy abiertos ante las negras vigas
del techo.

Tesa toma un estilete y desgarrá el sobre como si
abriese las valvas de una ostra.

Erno Satrin se empeña en olvidar el cabello natural de
las muñecas,
los verdes ojos de las muñecas.

Piensen en los jóvenes mutilados en el frente, y
disparen,
piensen en el puerto en llamas, ancianos, y disparen,
piensen en las afanadoras sepultadas, y disparen.

Si alguno de ustedes no, si alguno de ustedes
no quiere,
exclamará el capitán,
si alguno de ustedes no se atreve, si alguno,
exclamará,
si alguno de ustedes no puede o no quiere o no se
siente capaz,
añadirá el capitán,
si alguno.

No había pasado ni un año de la muerte de su esposa,

ni uno,
cuando el hombre rico se casó con otra mujer,
una mujer biliosa que tenía una hija dulce y bien
portada,
la nueva mujer amaba a su hija con locura pero desde
el primer momento odió a su hijastro,
a ese niño tan rojo como la sangre, tan rojo, y tan
blanco como la nieve, tan blanco,
tropezaba con él a cada instante,
y cada vez que tropezaba con él sentía que una flecha
se le clavaba en el pecho,
la mujer no soportaba ni mirarlo,
una flecha,
aquel niño tan rojo como la sangre y tan blanco como
la nieve le atravesaba el pecho y ella no lo soportaba
le gritaba largo de aquí, niño estúpido, le gritaba,
al rincón, le gritaba, apártate de mi vista, niño
estúpido, le gritaba,
no soportaba mirarlo,
una flecha,
no toleraba a ese niño tan rojo como la sangre, tan
rojo, y tan blanco como la nieve, tan blanco.

Cuando veas correr a un insecto, persíguelo,
cuando descubras a un insecto en su escondite,
denúncialo,
cuando un insecto te implore clemencia, aplástalo.

Erno Satrin cumple la rutina sin quejarse,
le complace la vida militar, el riguroso paso de las
horas,
los días como tableros de ajedrez,
una partida que le recuerda los horarios de su fábrica,
la fábrica donde antes se ensamblaban ambulancias
en miniatura y muñecas de incandescentes
ojos verdes
y que ahora produce extrañas refacciones,

Erno Satrin se siente protegido en las barracas,
a salvo en la rutina,
de vez en cuando pasea por el bosque, escucha el
bosque y su rumor oscuro,
hace calistenia al aire libre y, en sus ratos de ocio,
juega al ajedrez con el capitán,
los dos matan las horas fumando un cigarrillo,
juegan al ajedrez y son felices aunque Erno Satrin
nunca gane.

La guerra es la esencia de la vida,
aprendimos en la escuela,
los más fuertes prevalecen,
los mejores,
nosotros.

Seis semanas de ejercicios,
le escope el subteniente Drajurian al sargento Amat,
no han aprendido nada en seis semanas.

Puedo entenderlos, es más, los entiendo,
continuará el capitán,
quién querría quién, una misión tan atroz, quién,
pero yo soy su capitán y no tengo salida,
insistirá el capitán,
no la tengo, cumplo órdenes, es mi deber,
continuará el capitán y reprimirá un sollozo,
yo no puedo elegir, yo no,
en cambio ustedes, caballeros.

Qué diablos hace, Guridien,
le espeta el sargento Satrin,
me preparo, sargento, responde el cabo,
me preparo,
y vuelve a clavar su bayoneta en el lomo
de un gato,

un gato medio vivo medio muerto que se agita
y maúlla enloquecido.

El único fin de la guerra es la victoria,
aprendimos en la escuela.

Veinte kilómetros de bosque separan al puerto
de las barracas,
veinte kilómetros al este, al pie de una colina
esmeralda se alzan las barracas,
otro mundo, un mundo aparte, un refugio, un paraíso
como volver a la escuela y ser un niño.
Tú también te levantas al alba, lector,
el silbato del subteniente Drajurian te horada
los tímpanos,
tú también das un respingo,
das un respingo y corres a las duchas,
tú también te desnudas frente a los otros,
tú también miras los cuerpos fofos o marchitos
de los otros,
tan fofos o marchitos como tu cuerpo, lector,
tú también distingues la grasa y las arrugas,
tú también exhibes tu grasa y tus arrugas,
tú también vistes el uniforme marino y el quepí,
tú también sales al patio,
tú también te formas y esperas instrucciones,
lector.
Tú también tomas el fusil, y disparas.

Si un insecto te habla, aplástalo,
si un insecto te mira, aplástalo,
si un insecto te sonríe, aplástalo.

Un buen día la mujer bajó al desván y su hija le dijo
dame una manzana, mamá, le dijo,
la mujer sacó una caja del desván, una caja de cedro

llena de manzanas y, cuando iba a entregarle una manzana a su hija,
una dulce manzana,
la hija le pidió una para su hermano,
la mujer se llenó de rabia
y le dijo a su hija está bien, le daré una manzana,
se la daré cuando vuelva de la escuela,
pero tú no tendrás una manzana hasta que él vuelva de la escuela,
pasaron varias horas antes de que el niño más rojo que la sangre y más blanco que la nieve regresara de la escuela,
entonces la mujer le dijo quieres una manzana,
le dijo,
quieres una,
y el niño más rojo que la sangre y más blanco que la nieve le respondió qué extraña luces hoy,
qué extraña, le dijo,
sí quiero una manzana,
la mujer abrió la caja de cedro frente al niño,
la enorme caja llena de manzanas,
y le dijo mete la cabeza y escoge una,
cuando el niño más rojo que la sangre y más blanco que la nieve metió la cabeza en la caja,
pluf,
la mujer cerró la tapa de golpe,
pluf,
y la cabeza cercenada del niño más rojo que la sangre más rojo, y más blanco que la nieve, más blanco,
se precipitó entre las manzanas.

Un insomnio pertinaz azota a Jon Guridien desde que llegó a las barracas,
se acuesta en el camastro, se cubre religiosamente,
cierra los ojos y, cuando pierde la conciencia,
un espasmo lo devuelve a la suciedad de la vigilia.

En las barracas, Luk Embler sueña que es un niño,
un niño perdido en el bosque,
un niño abandonado en el bosque por sus padres.

Acostumbrado al ácido olor de las barracas,
el sargento Amat se sueña en una alta torre,
una torre oscura y sin ventanas,
con una madeja de hilo y una rueca.

El subteniente Drajurian aún sueña con las nalgas
de su amada.

Tesa sueña que vuela,
admira la tierra desde lo alto,
animales y bestias como hormigas,
manchas diminutas sobre el verde,
pero ele pronto se desploma y cae.

Erno Satrin sueña con una tormenta en medio
de la noche,
sueña que el museo de la ciudad se inunda poco a poco,
sueña que las goteras inundan las salas barrocas y
neoclásicas,
y sueña con las pinturas que flotan al garete.

En las barracas, el capitán tampoco se acuerda
de sus sueños.

Y tú, lector, con qué sueñas.

Ustedes pueden elegir, caballeros,
les dirá el capitán con la garganta adolorida,
tienen opción, tienen el derecho,
insistirá el capitán,

les doy mi palabra, palabra de hombre y policía,
les dirá,
no habrá consecuencias para ustedes, no teman,
les dirá el capitán con un suspiro,
no importa lo que decidan, caballeros, les dirá,
yo habré de protegerlos.

Ya sólo faltan dos semanas,
le escupe el sargento Amat al subteniente Drajurian,
dos semanas y terminará esta modorra,
dos semanas y, dios quiera, entraremos en acción.

Se licua la nieve lentamente, se derrite en charcos
sucios y apestosos, los tallos horadan la arena
como garras,
los cuervos crían sin recato, crían los negros cuervos
y el sol deja de ser una quimera,
se licua la nieve y brotan los tallos como garras,
la nieve se derrite y crían los cuervos,
el alborozo de los cuervos anuncia el fin de las heladas.

Cuando la mujer contempló la cabeza cercenada del
pequeño, de ese niño tan rojo como la sangre y tan
blanco como la nieve,
corrió a su armario y extrajo un pañuelo, una tela
suave y encarnada,
tomó la cabeza del niño y la colocó de nuevo sobre el
cuello,
plop,
como si nada pasara,
plop,
amarró en su cuello el pañuelo encarnado y acomodó
al niño tan rojo como la sangre, tan rojo, y tan
blanco como la nieve, tan blanco,
en una silla al otro lado de la puerta y lo dejó allí,
con una manzana entre las manos,
cuando su hija entró en la casa y le dijo madre, mi

hermano está allá afuera, lívido como la luna,
le pedí que me diese un trozo de su manzana,
sólo un trozo, pero nada me respondió, madre,
le dijo,
la madre la miró de arriba abajo, con desgano,
y le aconsejó ve otra vez con tu hermano y vuélvele
a pedir un trozo de manzana, le aconsejó
la madre,
si no te responde dale un golpe en la oreja,
plop,
un golpe,
plop,
le recomendó la madre,
la obediente niña salió y le dijo a su hermano dame
un trozo de tu manzana, hermano, le dijo,
como el hermano nada respondió la niña no dudó
en darle un golpe en la oreja,
plop,
un golpe,
plop,
y la cabeza del niño tan rojo como la sangre, tan rojo,
y tan blanco como la nieve, tan blanco,
cayó al suelo,
plop,
cayó,
plop,
y la niña lanzó un alarido.

El subteniente Drajurian le entrega un sobre
al capitán,
un sobre marrón, lacrado, proveniente de la
comandancia suprema,
un sobre marrón donde destacan la palabra urgente
y la palabra confidencial.

Los hombres del batallón 303 de la policía de reserva
apenas hablan entre sí,

algunos se conocen desde hace décadas pero apenas se hablan, se saludan con una leve inclinación de cabeza,
buen día, buenas noches, qué tal,
evitan confidencias, quejas y temores,
la apacible vida en el puerto ya no les concierne,
cada uno se muestra firme y decidido, cada uno patriota verdadero, cada uno policía,
apenas se hablan, siguen la rutina, repiten los ejercicios como pueden,
a lo más, se burlan unos de otros, de la torpeza de uno, de la mala puntería de otro,
qué tonto eres o qué estúpido,
el pasado ya no importa, no importan sus familias,
se miran de reojo, comparan su debilidad o su cansancio o su mala puntería, se saludan y apenas se sonríen,
buenas noches, buenas noches,
cada uno el mayor patriota, cada uno el más diestro policía.

Tú tampoco hablas, lector,
prefieres el silencio de las barracas,
y te concentras en tu diario,
has empezado a escribir todas las noches bajo la media luz de una linterna,
escribes en un desgastado cuaderno de pastas amarillas, lector,
a veces una frase, otras un poema o lo que tú crees que es un poema, párrafos que denuncian tu rutina, lector,
escribes a escondidas, bajo la seca luz de la linterna, cada noche,
y crees que eso te salva, lector.

No son humanos los insectos.

Reúna a los hombres, sargento,
ordena el capitán,
la voz devastada e imperiosa,
reúnelos a todos en el pabellón número cinco,
a todos, sin falta,
la voz devastada,
en el pabellón número cinco.

ÓRDENES

Estas son las órdenes que han llegado,
la voz del capitán es un túnel sin salida,
mira a sus hombres de frente, intenta mirarlos
con aplomo aunque le sudan las manos y una bota
le daña la pantorrilla,
el sargento Satrin a su diestra, firme, inexpresivo,
alguien dirá luego que aterrado,
el sargento es un gallina, ya se le veía, un cobarde
redomado, el muy gallina,
el sargento Amat a su izquierda, sonrosado o casi
rubicundo, clavado en el suelo,
alguien dirá luego que con una mueca de sorna,
horrible mueca, ante las vacilaciones de su superior,
mañana a primera hora partiremos hacia los territorios
ocupados,
la voz del capitán es una tea,
se escuchan suspiros de alivio o alborozo, algunos
sonríen o se relajan,
por fin nos moveremos de este pantano, por fin
saldremos de esta cloaca, por fin abandonaremos
este limbo,
los miembros del batallón 303 de la policía de reserva
se entusiasman o se desentumen hartos de los
tediosos ejercicios,
de las burlas e insultos de los oficiales, de encañonar
muñecos de paja, de chapotear en el lodo sin sentido,
del desprecio de Amat, ese perro, y del desprecio de

Drajurian, esa víbora,
un tren militar los recogerá al alba y los conducirá a
los territorios ocupados,
la voz del capitán es un desierto,
nuestro objetivo es una aldea llamada Vosej,
cinco mil habitantes según el censo de antes de la
guerra,
si todo sale conforme a lo previsto llegaremos a Vosej
al atardecer, al atardecer llegaremos y comenzará
nuestra misión,
la voz del capitán es una marejada,
Luk Embler lo observa desde la tercera fila, sin
moverse, apenas entiende sus palabras pero el tono
del capitán lo paraliza,
él sólo quisiera estar junto a su horno, el calor de su
horno, y no allí para oír esas palabras ominosas,
he leído nuestras órdenes, las he leído con cuidado,
la voz del capitán es el llanto de un lobezno,
las he leído y créanme que hubiese preferido no leerlas,
caballeros, lo hubiese preferido,
el subteniente Drajurian ya no soporta la tensión,
Jon Guridien, en cambio, tiembla,
pese a los quince grados y el incipiente sol de
primavera Jon Guridien tiembla y se odia,
imbécil, qué te ocurre, se dice a sí mismo, qué te ocurre,
imbécil, deja de temblar, se dice,
la vista se le nubla mientras el capitán prosigue su
discurso, su lentísimo discurso,
estas son las órdenes que nos han llegado,
caballeros,
la voz del capitán es un buitre que aletea,
debemos eliminarlos a todos,
el sargento Amat cree observar una lágrima en su
mejilla, distingue una lágrima en la mejilla
del capitán,
qué vergüenza, se dice con rabia y amargura,
el capitán se tambalea y finge que las lágrimas son
producto del incipiente calor de la mañana,
el sargento Satrin quisiera sostenerlo, apuntalar

al capitán con una viga, evitar que se derrumbe
ante sus hombres,
resista capitán, quisiera decirle pero calla, calla
y contempla el lento derrumbe del capitán como
los otros,
anonadado y herido,
debemos exterminarlos a todos,
la voz del capitán es una hoguera,
estas son nuestras órdenes, las malditas órdenes que
han llegado de la capital,
no ha de quedar uno solo, así dicen las órdenes,
ni uno solo ha de quedar en los territorios
ocupados,
la voz del capitán es un tapiz que se desgarrar,
Luk Embler piensa que no ha oído bien y se sonroja,
Amat y Drajurian sienten en el pecho un motor a toda
marcha,
Jon Guridien aún tiembla y detesta sus temblores,
imbécil, se dice, contrólate y finge que te alegras,
Jon Guridien abre la boca y muestra sus dientes
desiguales, más una tarascada que una risa,
el sargento Satrin no reprime un gesto de asco, de asco
extremo, no reprime su amargura,
estas son las órdenes que nos han llegado y como su
comandante estoy obligado a cumplirlas,
la voz del capitán es un ovillo,
la tropa pierde su firmeza, se elevan murmullos como
avispas,
los hombres del batallón 303 de la policía de reserva
remolonean y se turban y tropiezan y suspiran y
callan y tiemblan y se angustian,
los viejos ciudadanos del puerto no creen lo que han
oído, esas órdenes no pueden ser para ellos,
por qué ellos,
unos no calibran la dimensión de las palabras, otros no
las entienden o fingen no entenderlas,
se agitan y resuellan,
sus uniformes de pronto son prisiones o armaduras,
el calor de primavera los ahoga,

unos sollozan en silencio, otros piensan en
escabullirse,
otros más, tal vez la mayoría, prefiere no pensar en
esas órdenes, en las terribles órdenes,
Vosej queda muy lejos, aún no les compete, aún no les
atañe,
palabras vagas, acaso malentendidos, mejor aguardar
con calma,
nada ocurrirá,
se consuelan unos a otros esos viejos,
esperemos,
nuestras órdenes son eliminarlos a todos y yo estoy
obligado a ejecutarlas,
la voz del capitán es un tifón,
en cambio ustedes, caballeros, ilustres ciudadanos de
nuestro puerto, en cambio ustedes pueden decidir,
la voz del capitán es un relámpago,
si alguno de ustedes no se siente capaz,
los hombres del batallón 303 de la policía de reserva
se revuelven, no creen lo que escuchan, lo que están
a punto de escuchar,
Luk Embler entrevé una salida, el regreso a su horno
y a sus panes, a sus panes succulentos,
entrevé otra vida, el atisbo de otra vida,
los demás se apiñan en silencio, construyen un silencio
monumental, un silencio que es una obra de arte,
si alguno de ustedes, caballeros, decide no participar
en la misión que llevaremos a cabo en Vosej,
si alguno,
la voz del capitán es un altar vacío,
los hombres del batallón 303 de la policía de reserva
no se atreven a mirarse unos a otros, aterrados
ante las facciones de los otros,
no soportan discernir los signos de alivio o de
resignación o de coraje y se mantienen firmes
en sus sitios,
impávidos como si fueran policías de carrera,
como si no fueran carpinteros o plomeros o artesanos
o empresarios o panaderos o choferes de taxi o

maestros de primaria o carniceros o sastres o
estibadores o verduleros o albañiles,
no se atreven a escudriñarse, simplemente no se
atreven, callan simplemente,
si alguno de ustedes no quiere participar en la
maniobra,
la voz del capitán es un destello,
les doy mi palabra, mi palabra de hombre y policía,
que nada habrá de ocurrirle a quien no quiera,
ninguna consecuencia, lo prometo, ninguna, mi palabra
de hombre y policía de que yo habré de protegerlos
Luk Embler no lo cree, ahí está su oportunidad, ahí
está su salida,
el regreso a su horno y a sus panes, a sus panes
suculentos, a esa vida sin misiones ni palabras, sin
órdenes ni insultos,
Luk Embler piensa en esto y tiembla, tiembla bajo el
incipiente sol de primavera,
Amat y Drajurian no ocultan su espanto,
capitán, qué vergüenza, cómo usted, capitán,
Jon Guridien suda más que nunca, suda y se odia,
y Erno Satrin, el miserable Satrin también calla,
igual que callas tú, lector,
allá, en la cuarta fila, impávido bajo el sol de primavera,
el capitán recobra su autoridad por un instante, su
aplomo de policía de carrera,
y mira a sus hombres fijamente, uno a uno,
su mirada lacerante dura una eternidad, persigue las
miradas de sus hombres,
uno a uno, fila a fila,
el capitán trata de reconocerse en los rostros de sus
hombres,
los mira como si les pidiera auxilio, como si en lugar
de salvarlos ellos lo salvarsen,
uno a uno, fila a fila,
y tú también estás allí, lector, entre sus hombres,
tú también esquivas su mirada,
tú también callas y la esquivas, lector,
si alguno de ustedes decide no participar en la

maniobra,
la voz del capitán es el gemido de un cachorro,
si alguno de ustedes, ilustres ciudadanos de nuestro
puerto,
si alguno de ustedes no se cree capaz de participar
en la maniobra nada habrá de ocurrirle,
mi palabra de hombre y policía que yo habré
de protegerlos,
la voz del capitán es al fin su voz,
si alguno de ustedes no se siente capaz
que dé
un paso
al frente.

Basta un paso,
cinco segundos,
un paso al frente,
diez segundos,
basta un paso.

Luk Embler siente que es de piedra,
sus piernas pesan toneladas.

Basta un paso,
un minuto,
un paso.

En el extremo izquierdo del pelotón,
allá,
a lo lejos,
alguien da un paso al frente.

El sargento Amat estalla con un grito de cobarde,
maldito cobarde,
el capitán de inmediato lo reprime, furioso,

he dicho que no habrá ninguna consecuencia,
he dado mi palabra de hombre y policía que yo habré
de protegerlos,
la voz del capitán es un balde de agua fría.

Otro hombre se atreve a dar un paso al frente,
luego otro
y otro
y otro
y otro
hasta sumar trece,
trece hombres de entre los quinientos que componen
el batallón 303 de la policía de reserva.

Luk Embler no está entre ellos.

Tampoco tú, lector.

PRIMERA TAREA

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
una niña amada por todo aquél que la veía,
pero nadie la amaba tanto como su abuela,
un buen día, la abuela le regaló a la niña una capa
de terciopelo,
una capa roja,
y a la niña le quedó tan bien, se amoldó tan bien
a su cuerpo, que nunca más volvió a quitársela.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
una niña bella y piadosa cuya madre enfermó y murió
de un día para otro,
la niña iba todos los días a rezar ante la tumba
de su madre,
pero un buen día su padre se casó con otra mujer,
una dama pálida con dos hijas tan hermosas
como malvadas,
las dos odiaron a su media hermana nada más verla,
la odiaron y decidieron humillarla todos los días
de su vida.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
un pobre molinero que tenía una bella hija,

un buen día, teniendo que hablar con el rey,
el molinero le dijo tengo una hija que es capaz
de hilar un tejido y convertirlo en oro,
eso dijo el molinero al rey para hacerse el
importante,
el rey respondió he aquí un arte que me complace,
y ordenó que la bella hija del molinero fuese llevada
a su castillo y encerrada en una torre con una
madeja de hilo y una rueca.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
un batallón de policía formado por ancianos,
un batallón de quinientos ancianos temblorosos, cada
uno provisto con una oxidada bayoneta,
un buen día el batallón fue conducido por silenciosos
trenes militares a lo más oscuro del bosque oscuro,
quinientos ancianos temblorosos, armados con
oxidadas bayonetas,
en mitad del oscuro bosque oscuro.

A las 5:26 los trenes militares arriban, silenciosos, a
Vosej.

A las 5:46 el batallón 303 de la policía de reserva inicia
su pesada marcha hacia la plaza.

A las 5:53 los primeros rayos de sol atraviesan la niebla
de la madrugada.

A las 6:23 el batallón 303 de la policía de reserva se
concentra frente a la alcaldía.

A las 6:31 el comandante militar de la región,

un mayor de rancio bigote y ojos traslúcidos,
da una empalagosa bienvenida al capitán.

A las 6:32 el comandante militar y el capitán se
encierran en el polvoriento despacho del alcalde.
Afuera, el batallón 303 de la policía de reserva
se divide en tres unidades,
la primera queda a cargo del sargento Satrin,
la segunda queda a cargo del sargento Amat,
la tercera queda a cargo del subteniente Drajurian.

A las 7:48 el comandante militar y el capitán acuerdan,
luego de lastimosas discusiones, el plan de acción.

A las 7:52 el comandante militar y el capitán se dan
un tenso abrazo,
abrazar al capitán es, para el comandante militar,
abrazar un hielo que se funde.

A las 8:00 la temperatura en la plaza central de Vosej
es de catorce grados.

Vosej es una sucesión de toscas casas de piedra cerca
del oscuro bosque oscuro.

A las 8:10 el capitán convoca a Satrin, a Amat y a
Drajurian en una sala cubierta con gobelinos.

El capitán, rígido como tronco, extiende sobre la mesa
un gran mapa de Vosej,
traza círculos, unos con azul y otros con rojo,
se afloja el cuello, dibuja flechas y señala rutas,
clava alfileres en la plaza mayor, la estación de policía
y la sede del Partido,

y al fin dice hay que congregarlos a todos aquí,
frente a la iglesia.

La iglesia de Vosej, gris y reseca, conserva un
contrafuerte medieval y un inútil carillón del siglo
diecisiete.

Tenemos cinco horas, no más, para que todos estén
congregados en la plaza, murmura el capitán,
y si alguno se resiste, pregunta el sargento Amat,
en ese caso, y sólo en ese, la orden es liquidarlo al
instante, replica el capitán,
el sargento Satrin asiente con disgusto.

A las 9:11 el incipiente sol del verano asedia la plaza.

La primera unidad, a cargo del sargento Satrin,
vigilará a los prisioneros concentrados frente
a la iglesia, ordena el capitán,
la segunda unidad, a cargo del sargento Amat,
y la tercera, a cargo del subteniente Drajurian,
apostarán a sus hombres aquí,
en este descampado.

El capitán clava un alfiler a mitad del oscuro bosque
oscuro.

El sargento Satrin agradece al capitán que lo
responsabilice de las labores de vigilancia, pero
mantiene los puños crispados.

El capitán construye un muro en torno suyo,
su mirada es la de alguien que duerme con los ojos
entreabiertos.

Afuera, los hombres del batallón 303 de la policía de reserva se agrietan en sus uniformes.

A las 9:30 el sargento Amat, el sargento Satrin y el subteniente Drajurian se despiden del comandante, descienden la blanca escalinata de la alcaldía y se unen a sus tropas.

El capitán se instala en una destartada oficina en la alcaldía, abre las cortinas, observa las motas de polvo a contraluz, un fajo de olvidados documentos sobre el escritorio, las ventanas tapizadas de moho, los sillones apolillados y, a sus espaldas, el gigantesco retrato del líder, se desabotona la casaca y se derrumba, abatido, en una silla.

El capitán permanece el resto del día allí, entre las motas de polvo, distraído con los viejos documentos.

A las 9:53 el sargento Satrin, el sargento Amat y el subteniente Drajurian terminan de explicar a sus respectivas unidades la naturaleza de sus órdenes.

Los ojos del sargento Amat son dos búhos hambrientos.

El subteniente Drajurian aúlla al dar sus órdenes para ocultar los rugidos de su estómago.

A las 10:00 en punto,

la primera unidad del batallón 303 de la policía de reserva, a cargo del sargento Satrin, se establece frente a la iglesia, la segunda unidad, a cargo del sargento Amat, y la tercera, a cargo del subteniente Drajurian, inician su despliegue por el pueblo.

Hasta entonces los hombres y mujeres de Vosej se guarecen en sus casas, sólo los más arrojados o los más necios se asoman a las ventanas, los hombres y mujeres de Vosej intuyen qué les espera, creen saber qué les espera y prefieren ser invisibles, invisibles, sordos, invisibles y mudos.

A las 10:03 se inicia el lúgubre martilleo de las botas.

Los ancianos de la segunda y tercera unidades del batallón 303 de la policía de reserva avanzan morosamente por las calles, contemplan las fachadas huecas, los estragos de la guerra, las balas incrustadas en los muros, la basura en las esquinas, el ominoso resplandor de una ventana, un rostro deformado por el pánico.

El aire de Vosej huele a la hierba del verano, al caldo de carnero que preparan las mujeres, al sudor de los invasores.

En la destartalada oficina en la alcaldía, el capitán se despoja de la casaca,

se limpia la frente y se lleva las manos a las sienas.

Es la hora.

El sargento Amat grita es la hora,
el subteniente Drajurian lo secunda
y el sol del verano incendia los uniformes.

Los ancianos se reparten por el pueblo en busca
de insectos,
su misión es concentrarlos frente a la iglesia,
no ha de quedar uno solo en todo el pueblo.

Si alguien oculta a un insecto, tu obligación es
liquidarlo,
si alguien ayuda a escapar a un insecto, tu obligación
es liquidarlo,
si alguien te engaña para que pierdas de vista a
un insecto, tu obligación es liquidarlo.

Los ancianos del batallón 303 de la policía de reserva
localizan las casas señaladas,
tumban las puertas a golpes de bayoneta, revientan
los cristales, intimidan a hombres y mujeres,
inspeccionan cada cuarto,
escudriñan hasta los últimos rincones y escoltan
a los insectos hasta el atrio de la iglesia.

A las 11:09 el sol lanza sus flechas sobre los
invasores.

En su primera incursión, Luk Embler captura a dos
insectos,
dos insectos lánguidos y rubios, de facciones tristes

y serenas,
los prensa del cuello con sus enormes manos, esas
manos que solían amasar harina y levadura,
que solían moldear panes succulentos,
y los conduce al atrio de la iglesia.

Si un insecto es demasiado pequeño para caminar,
líquidalo,
si un insecto está demasiado enfermo para caminar,
líquidalo,
si un insecto te agrede o se defiende, líquidalo.

Jon Guridien irrumpe en una de las casas señaladas
y, sin obedecer sus instrucciones, injuria a los dueños,
vocifera y manotea,
dónde están los insectos dónde,
una mujer intenta responderle y Jon Guridien la
abofetea,
al fin un insecto, un insecto pálido y demacrado,
vestido con un asqueroso ropón pardo, se planta
frente a él,
Jon Guridien lo observa, lo observa con curiosidad
y asco,
como ha de observarse a un insecto,
y allí mismo,
allí,
frente a los ateridos dueños de la casa,
le dispara en la cabeza.

La mujer grita,
luego todos callan.

Jon Guridien parte orondo y se dirige a la siguiente
casa señalada.

Los demás ancianos también hacen valer sus instrucciones.

Tú también recorres las callejas de Vosej,
tú también tiembles bajo el sol del verano,
tú también irrumpes en una de las casas señaladas,
tú también preguntas dónde están los insectos
dónde,
tú también increpas a los dueños,
tú también descubres un insecto,
tú también intentas escapar de su mirada,
tú también capturas al insecto,
tú también aplacas la tímida rebeldía del insecto,
lector,
y lo llevas maniatado al atrio de la iglesia.

Los insectos se hacinan en el atrio de la iglesia,
uno tras otro, uno tras otro,
diez, cincuenta, cien insectos,
uno tras otro, uno tras otro,
cien, doscientos, quinientos insectos se apiñan en el
atrio de la iglesia bajo el sol del verano,
uno tras otro, uno tras otro,
vigilados por la primera unidad del batallón 303
de la policía de reserva.

El capitán se yergue, abandona los documentos
inservibles,
da vueltas en torno al escritorio
y por fin se atreve a asomarse a la ventana.

Lloran los insectos y su llanto es una ráfaga.

El sargento Satrin mira la ropa de los insectos,
los pantalones cortos,

los tirantes caídos,
las camisolas húmedas de lágrimas,
y también llora.

A las 13:25 el sargento Amat y el subteniente
Drajurian informan al capitán que todos los insectos
de Vosej se encuentran en el atrio de la iglesia.

Lucen tan inofensivos los insectos, tan inocentes, tan
puros,
quién pensaría que son nuestros enemigos.

El estómago del subteniente Drajurian se remueve,
salta,
grita,
el subteniente Drajurian no oculta su vergüenza.

A las 13:42 la segunda unidad del batallón 303
de la policía de reserva, a cargo del sargento
Amat, y la tercera, a cargo del subteniente
Drajurian,
emprenden la marcha hacia el lugar elegido por el
capitán en el oscuro bosque oscuro.

Calcina el sol por igual a los verdugos y a las
víctimas.

A las 14:00 en punto,
así quedará asentado en los informes,
el sargento Amat y el subteniente Drajurian se
encuentran ya en el oscuro bosque oscuro,
rodeados por sus hombres,
listos para acometer su drástica tarea.

Los hombres de la primera y la segunda unidad del batallón 303 de la policía de reserva se dividen en pelotones, cada uno con cinco miembros que habrán de sucederse, uno tras otro, uno tras otro, en su drástica tarea.

Tú formas parte del segundo pelotón, lector, junto a otros cuatro ancianos, un sastre, un carnicero, un vendedor de enciclopedias y un sordo policía retirado.

Tiritas bajo el sol del verano, lector.

A todos, repite el capitán como una máquina.

Han de ayudarse con la bayoneta, caballeros, explica el médico militar, un viejo de dedos ganchudos y rostro cetrino, sostengan el arma con firmeza, sin temblar, y coloquen la bayoneta aquí, justo aquí, el médico señala un punto entre el omóplato y las costillas del voluntario, la bala atravesará la epidermis y el delgado tejido muscular, esquivará los huesos y se alojará directamente en el músculo cardíaco, pero han de ser muy cuidadosos, caballeros, matiza el médico, si el ángulo se desvía un poco hacia arriba o un poco hacia la izquierda, un poco hacia abajo o un poco a la derecha, desgarrarán el cuerpo inútilmente, causarán dolores

insufribles y prolongarán la agonía de modo
interminable, caballeros,
mantengan firme el pulso,
utilicen la bayoneta como guía y, sólo cuando estén
seguros de no errar,
aprieten el gatillo,
la bala viajará directo al músculo cardíaco,
caballeros,
así evitarán dolores innecesarios, una agonía
prolongada y, lo más importante, caballeros,
lo más importante en estos días,
así no desperdiciarán una bala.

La espera es una llaga que se abre.

Fresas silvestres, el bosque huele a fresas silvestres,
a musgo, al sudor de los invasores y al miedo
de las víctimas.

Una parvada de cuervos emprende el vuelo,
negríssimos cuervos revolotean sin descanso.

A las 14:28 el crepitar de las hojas y la magnitud
de los suspiros anuncian la proximidad de los
insectos.

Treinta o cuarenta insectos custodiados por una
patrulla de la primera unidad del batallón 303
de la policía de reserva
comparecen en mitad del oscuro bosque oscuro.

Sudan los insectos bajo el sol turbio del verano,
sudan los insectos y en cambio tú tiritas.

Con sus sucias camisolas los insectos tienen la
aparición de muñecas,
pálidas muñecas como las que producía la fábrica
de Erno Satrin.

No aúllan los insectos,
no gritan,
no oponen resistencia,
sollozan en silencio los insectos.

A las 14:37 el sargento Amat ordena a los insectos
despojarse de sus camisolas.

Obedecen los insectos en silencio, sólo alguno llora,
sólo alguno tiembla bajo el brutal sol del verano,
los demás se desvisten en silencio,
uno tras otro, uno tras otro,
y quedan blancos y desnudos en el lúcido verdor del
bosque oscuro.

Los cuerpos de los insectos son remedos de cuerpos,
troncos y miembros diminutos, frágiles remedos
de cuerpos,
blancas pieles en el rabioso verdor del bosque oscuro.

A las 14:53 el sargento Amat ordena al primer pelotón
alistar las armas.

Una moneda decide que Jon Guridien inicie la drástica
tarea
y Jon Guridien toma a uno de los insectos por
el cuello,
el sudor del insecto impregna su mano,
Jon Guridien lo arroja al suelo y le ordena ponerse

de rodillas.

Es un lienzo la blanca espalda del insecto.

Jon Guridien coloca su bayoneta en el lugar señalado por el médico, justo entre el omóplato y las costillas, y dispara.

El insecto se derrumba en el lodo, su espalda es un lienzo desgarrado.

El tiempo es un cuervo que aletea.

A Luk Embler corresponde continuar la drástica tarea, el sargento Amat lo urge a proseguir, nadie debe detenerse, nadie ha de meditar en lo que hace, Luk Embler toma a otro insecto por el cuello y siente las palpitaciones de la sangre, Luk Embler no tiembla pero tiembla, añora el calor de su horno, añora moldear panes succulentos, Luk Embler arroja al insecto al suelo como vio hacer a Jon Guridien y le ordena ponerse de rodillas, el insecto obedece y espera, Luk Embler coloca la bayoneta en el lugar preciso, en la blanca espalda del insecto, Luk Embler toma aire y coloca el dedo en el gatillo, Luk Embler yerra, en el último momento yerra, en vez de disparar en el lugar preciso, en el sitio recomendado por el médico, Luk Embler pierde el ángulo y dispara a la nuca del insecto, el insecto se revuelve sobre el lodo, el insecto aúlla y se contorsiona en el lodo,

el rostro de Luk Embler se cubre de sangre y restos
de cerebro,
Luk Embler no entiende lo que pasa, escucha voces,
alguna risa,
pero Luk Embler no se mueve,
se queda allí, paralizado mientras el blanco cuerpo
del insecto se arquea en el lodo sin remedio.

El sargento Amat desenfunda su pistola y
en un segundo el insecto deja de agitarse.

Imbécil, escupe el sargento Amat.

Los insectos son exterminados
uno tras otro, uno tras otro,
en mitad del oscuro bosque oscuro.

Por fin llega tu turno, lector.

Tú también tomas al insecto por el cuello,
tú también lo arrojas sobre el lodo,
tú también le ordenas que se ponga de rodillas,
tú también miras su blanca espalda como
lienzo,
tú también colocas la bayoneta en el lugar señalado
por el médico,
tú también trastabillas,
tú también yerras,
tú también observas la agonía del insecto,
pero tú reaccionas y disparas de nuevo,
disparas otra vez para que su agonía,
y la tuya,
acaben cuanto antes.

La carne de los insectos forma blancos montículos sobre la hierba.

Comprendes ahora, lector, que ya nunca saldrás del oscuro bosque oscuro.

El subteniente Drajurian se excusa con el sargento Amat, le dice debo ir al pueblo, las manos apoyadas en el vientre, el murmullo del vientre, el subteniente Drajurian se aleja del campamento y se refugia en el oscuro bosque oscuro, se desabotona el pantalón a toda prisa y un chorro de mierda se precipita sobre el lodo, salpica sus piernas desnudas y salpica su uniforme, un chorro de mierda líquida, un chorro hediondo, inagotable.

La tarea se lleva a cabo, sin descansos, desde las 15:00 hasta las 21:30 horas, un insecto tras otro, uno tras otro, hasta acumular dos mil ochocientos doce.

Dos mil ochocientos doce insectos en poco más de seis horas.

Luk Embler escapa cuanto puede, da vueltas por el bosque, disimula y se hace tonto, pero aún así extermina a seis insectos.

Más concienzudo, Jon Guridien extermina a diecinueve.

En promedio, cada hombre del batallón 303 de la policía de reserva dispara ocho veces.

Y tú cuántas, lector.

Cuántos insectos exterminados por tu cuenta,
lector,
cuántos.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
una niña amada por todo aquél que la veía.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
una niña bella y piadosa.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
un pobre molinero que tenía una bella hija.

Había una vez,
cerca del oscuro bosque oscuro,
un batallón de ancianos que,
en el lapso de seis horas,
exterminó a dos mil ochocientos doce niños.

PESADILLAS

Erno Satrin se escabulle por el oscuro bosque oscuro,
no sabe cuánto lleva allí,
solo,
deambula de un confín a otro,
solo y hambriento,
el hambre es una piedra en el fondo de su estómago,
una piedra que crece cada día y se torna más y
más pesada,
una piedra que le rasga las entrañas y terminará
por derribarlo,
Erno Satrin deambula de aquí para allá,
pinos y abetos lo amenazan con sus uñas,
solo y asustado,
no sabe de qué huye pero sí que debe huir,
una parvada de negrísimos cuervos emprende el vuelo
y Erno Satrin siente una uña en el pecho,
vuelve a correr de aquí para allá,
bestia herida,
se esconde en una cueva en medio del oscuro bosque
oscuro,
la luna es una antorcha,
Erno Satrin dormita unos instantes y despierta
sobresaltado,
la piedra en el estómago le arrebató el sueño, no puede
más con ella,
abandona la cueva bajo la luz de la luna, un disco de
horror en lo alto,

Erno Satrin avanza torpemente hasta que las
montañas devoran la luna y el cielo se tiñe
de azul pálido,
el amanecer no lo conforta,
la piedra en sus entrañas pesa más que nunca
y Erno Satrin salta de aquí para allá, extraviado,
hasta que distingue una mancha roja en la espesura,
una mancha roja en medio del oscuro bosque oscuro,
Erno Satrin quisiera no haberla visto, no haber
percibido jamás esa figura roja en la espesura,
pero la ha visto y la piedra en el estómago lo obliga
a vigilarla a la distancia,
Erno Satrin conoce los vericuetos del oscuro bosque
oscuro y la sigue sin que ella lo perciba, astuto
y sigiloso,
al acecho,
las ramas de pinos y abetos lo protegen, ocultan
su rabia y su amargura,
Erno Satrin no comprende qué lo mueve o qué
lo anima,
quién puso esa maldita piedra en sus entrañas,
ya nada puede hacer,
la piedra se ha convertido en su único instinto
y Erno Satrin vigila la figura roja que se adentra
en la espesura,
qué tontería, una niña sola en la espesura,
acaso nadie la previno,
acaso nadie le advirtió que no debía internarse sola
en la espesura,
ya es demasiado tarde y Erno Satrin la observa
con sigilo,
observa su candor y la escucha silbar una ronda,
él también la silbaba cuando niño,
una ronda estúpida como todas las rondas
pero él llora,
la última lágrima que surge de los ojos de Erno Satrin,
y Satrin observa a la niña vestida de rojo y la
piedra en su estómago se vuelve una carga
insoportable,

saliva y la olfatea, se empalaga con el dulce olor
de la niña de rojo y su mandíbula se abre,
Erno Satrin quisiera mantener la boca cerrada,
escapar de allí,
sustraerse a la maldición de la piedra y a la maldición
del oscuro bosque oscuro,
pero no puede, abre la boca, las fauces horrendas,
y muestra su fría dentadura,
Erno Satrin no se controla y corre a toda prisa,
a cuatro patas,
sus garras se desplazan por el lodo, pinos y abetos
contemplan su carrera,
Erno Satrin da un salto y se planta frente a la niña
de rojo,
la niña lanza un grito, qué quieres de mí qué, le
pregunta, mi canasta, quieres mi canasta,
le pregunta,
Erno Satrin no responde, las palabras de los hombres
ya no habitan su garganta,
se limita a observar a la niña de rojo,
le clava sus ojos enormes,
sus ojos gigantescos,
la olfatea, se embelesa con el aroma de la niña,
dulce aroma,
y escucha cómo la niña de rojo le dice no me comas,
le dice,
por favor no me comas,
demasiado tarde,
la piedra pesa toneladas y no es capaz de contenerse,
abre su boca enorme, sus inmensas fauces, le muestra
a la niña de rojo su fría dentadura
y, antes de que la niña de rojo siquiera dé la vuelta,
Erno Satrin le desfigura el rostro con sus garras,
la tumba sobre el lodo y se lanza sobre ella,
el pesado cuerpo de Erno Satrin sobre la miserable
niña de rojo,
y comienza a devorarla
y la devora.

Luk Embler comparece de pronto en la alta torre,
blancas nubes tapian la única ventana,
no hay puertas visibles ni escaleras,
sólo las nubes blancas, acaso un cielo iridiscente
y, por las noches, un abismo de negrura,
Luk Embler distingue una rueca y un sollozo,
una madeja de hilo esparcida sin sentido en
la alta torre,
cabos sueltos y el llanto de una joven,
qué te pasa,
le pregunta Luk Embler pero la joven no responde,
llora sin consuelo,
el rostro enrojecido, los párpados hinchados,
qué te pasa, niña,
insiste Luk Embler mientras se acerca a ella poco
a poco,
la joven no ha de tener quince años pero lo dobla
en estatura,
una joven gigante y dolorida,
qué te pasa, niña,
vuelve a preguntarle Luk Embler con voz empalagosa,
le pone una mano en la rodilla, la alta rodilla,
la joven se descubre el rostro, el bellísimo rostro
hinchado por el llanto,
mira esa rueca y esa madeja, solloza la joven,
inútil rueca, tonto hilo, torpes manos mías, gime
la joven,
yo nunca supe, jamás aprendí,
balbucea la joven limpiándose las lágrimas,
mi padre le mintió al rey, le dijo que yo era capaz
de hilar como nadie en el mundo,
le dijo que yo podía transformar el hilo en oro,
así le dijo mi jactancioso padre al rey, ay de mí,
así le dijo,
la joven vuelve a llevarse las manos al rostro, los
párpados todavía más hinchados, los labios color
cereza,
Luk Embler se conmueve, siente pena por la hermosa
joven encerrada en la alta torre,

y le dice no te preocupes, niña mía, yo he de ayudarte,
para eso vine aquí, creo,
le dice Luk Embler,
yo puedo convertir esa madeja en el más fino tejido
y el tejido en el oro más puro y luminoso,
puedo hacerlo,
la joven le deja ver su rostro, sus mejillas húmedas
y coloradas,
de verdad puedes, le pregunta la joven con un suspiro,
puedes de verdad,
Luk Embler responde sí, voy a ayudarte, en un tris
convertiré la madeja en un tejido de oro luminoso,
pero a cambio he de pedirte una cosa, sólo una,
cuando nazca tu hijo, tu primer hijo,
me lo entregarás de inmediato, lo quiero para mí,
a tu primer hijo, estás de acuerdo,
le pregunta a la joven y la joven dice sí, sin pensarlo
dice sí, te lo entregaré si ahora me ayudas,
en un tris Luk Embler convierte la madeja en un tejido,
y el tejido adquiere el brillo del oro,
la joven queda maravillada y conmovida y le da
un abrazo a Luk Embler, olvidando su promesa,
Luk Embler se esfuma y la joven escribe una carta
al rey, hermosa carta,
y la hace descender por la única ventana a través
de las espesas nubes y el cielo incandescente,
el rey la lee y ordena liberar a la joven de su prisión
en la alta torre
y, al verla pura y luminosa, le dice me casaré contigo,
serás reina a mi lado,
la joven se arrodilla frente al rey y le promete lealtad
y obediencia, y los dos son felices, muy felices,
al cabo de nueve meses, la joven da a luz a un niño
incandescente,
un niño con labios de ciruelas,
Luk Embler comparece de nuevo ante la joven
en sus anchas habitaciones de palacio,
he venido a que cumplas tu promesa, le anuncia Luk
Embler,

la joven una vez más se cubre el rostro con
las manos,
sus gemidos no conmueven a Luk Embler,
no le da otra oportunidad ni le promete nada a cambio
de resolver un acertijo,
Luk Embler le arrebató al niño, ese niño con labios
de ciruela,
se lo arranca sin piedad de entre los brazos,
qué harás con mi niño qué, gime la joven,
Luk Embler no se inmuta, no se conmueve,
ahora este niño es mío, ríe Luk Embler,
sólo mío,
y haré con él lo que me plazca.

En el sueño Jon Guridien es madre de dos hijas,
alta y rotunda la mayor, rubicunda y discreta la más
joven,
Jon Guridien las adora como ninguna madre adora
a sus retoños,
las peina con esmero por las mañanas,
supervisa sus corsés y miriñaques, abotona sus vestidos
y lustra sus preciosas zapatillas,
las hijas de Jon Guridien han de lucir hermosas,
siempre perfectas,
dos jóvenes casaderas e impecables, listas para recibir
un sinfín de pretendientes,
caballeros de comarcas apartadas, príncipes y reyes,
cualquiera de las dos sería esposa ideal de príncipes
o reyes,
piensa Jon Guridien y se imagina bailes en la corte,
animadas fiestas y desfiles, clarines y tambores
que anuncian sus entradas,
sus dos hijas en raso y organdí descendiendo por
la magnífica escalera,
los cuellos tapizados de diamantes, sinuosas las
caderas, los párpados azules revoloteando como
pájaros,
Jon Guridien sueña con el futuro de sus hijas,

qué madre no lo haría,
pálida y oronda la mayor, carnosa y tímida la más
joven,
las dos preciosas con sus abanicos y sus chales,
las dos perfectas entre zafiros y madreperlas,
nada que ver con la odiosa hija de su marido,
grisácea y flaca,
cómo el marido de Jon Guridien, que en paz descansa,
pudo concebir tan burda cosa,
esa muchacha de labios delgadísimos y pómulos
alzados,
Jon Guridien no la odia, no, pero la desprecia
inmensamente,
largo de aquí, le espeta cada vez que se la topa,
no quiero verte sino en la cocina, en la cocina o
en los retretes, has de dejar impecables la chimenea
y los retretes,
le dice a esa hijastra fea y escuálida, así la mira ella,
habría que esconderla en el sótano, enviarla lo más
lejos posible,
qué pesada herencia, qué carga tan molesta,
un buen día Jon Guridien recibe una espléndida noticia,
la mejor en muchos años,
el príncipe de la comarca ha convocado un baile, un
magnífico baile para buscar a su prometida,
sus dos hijas no pueden perderse el espléndido baile,
sonrosada y expansiva la mayor, altiva y distante la
más joven,
sus dos hijas irán al baile y serán las más codiciadas
y más bellas, piensa Jon Guridien,
prepárense, hijas, con esmero,
les recomienda desde la mañana,
alisten sus mejores galas, el organdí rosa y el terciopelo
negro, el tul blanco y el raso color uva,
acomoden sus rizos y pinten sus labios con carmín,
dibujen rubor en sus mejillas y tiñan de azul pálido
sus párpados,
el príncipe escogerá a su prometida y la prometida
ha de ser una de ustedes, les advierte Jon Guridien,

así lo haremos, madre, responden las dos chicas
mientras corren a refugiarse en los espejos,
entonces la odiosa hijastra le pregunta a Jon Guridien
puedo ir yo también al baile, también yo,
y Jon Guridien le responde con una carcajada, claro
que no, muchacha, qué te piensas, tú no eres una
doncella ni una dama,
tú eres una sirvienta y te quedarás en casa a limpiar
la estufa y los retretes, qué te piensas, le escupe
Jon Guridien
y, para asegurarse de que su hijastra no llegue nunca
al baile, de que nadie le ayude o la acompañe,
de que esa joven grisácea y mortecina jamás sea
presentada ante el príncipe,
Jon Guridien la encierra bajo llave, la encierra en
el sótano para que nadie oiga sus lamentos,
la encierra bajo llave y la joven no llega al baile,
jamás llega,
no la auxilian hadas madrinas ni amigos invisibles,
no la salvan encantamientos ni prodigios,
el príncipe jamás imagina su existencia y ella se queda
allí,
sola y aterida,
encerrada en el sótano
condenada a morir de hambre.

Ahora cuenta, lector, tu pesadilla.

DIARIO

6 de agosto,
escribes estas líneas aunque te aterra imaginar
que alguien las lea,
que alguien te denuncie,
que alguien se entere de lo ocurrido en Vosej,
pero necesitas contar lo que has visto,
contarlo aunque nadie lo lea,
contarlo para comprobar que no fue
una pesadilla,
contarlo para no olvidar lo que has hecho,
contarlo para guardar aquí, en ese miserable
cuaderno de pastas amarillas,
lo que queda de ti y de tu memoria.

7 de agosto,
son insectos, nos dijeron, son insectos y han
de ser exterminados,
por su culpa bombardean nuestras ciudades,
por su culpa nuestros jóvenes mueren
en el frente,
eso nos dijeron, lo repitieron día y noche, a todas
horas, en la radio y en la prensa, en los corrillos
y en los púlpitos,
eso nos dijeron para adormecernos y apaciguar
nuestros sentidos,
eso dijeron y, en vez de apartarnos de tribunas

y altavoces, dejamos que sus diatribas infectaran
nuestras almas,
nuestra sangre contaminada por sus voces.

8 de agosto,

nos ordenaron reunirlos en la plaza, llevarlos
por la fuerza al atrio de la iglesia y exterminar
a quienes se resistieran,
yo presencié la muerte de más de una decena,
lánguidos cuerpos en el lodo,
rostros beatíficos agujereados y sangrantes, pies
y manos diminutos y quebrados, ojos opacos
por la muerte,
cuerpos sembrados como esporas, fantasmas
que habrán de devorarnos,
y luego la larga fila que llegaba al bosque,
el renqueante andar de los insectos,
cómo seguir llamándolos insectos,
el renqueante andar de las criaturas,
mis compañeros abotagados por el vodka
y por el miedo,
yo mismo abotagado,
el alcohol en grandes cantidades, el pánico
con el sudor y las palmadas,
entonces disparamos,
disparamos torpemente sobre sus cuerpos,
los diminutos cuerpos de esas criaturas,
cuerpos que eran como dobles de nosotros,
disparamos y disparamos y disparamos,
desgarramos la piel y las vísceras, olvidamos
los lamentos,
nos ensuciamos con su linfa y sus humores,
nadamos en el olor amargo de sus
vísceras,
yo disparé también, yo también aunque no
quería,
me escabullí dos o tres veces, me oculté en la
espesura y pretexté náuseas para escapar

a la inercia y a los gritos,
pero al final volví a disparar,
cuántas veces, ni siquiera sé cuántas veces,
una tras otra, una tras otra,
las criaturas ya no eran criaturas, ya no tenían
cuerpos como los nuestros,
ya no eran maquetas de nuestros cuerpos,
carne muerta, nada sino carne, restos inexpresivos
y salvajes,
uno tras otro, uno tras otro,
cuerpos abandonados en el bosque, cubiertos
de musgo y cieno, huesos extraviados, vísceras
maceradas en la hojarasca,
qué decir de lo que hicimos, qué decir de lo que
yo hice,
manos vacías, ojos vacíos para siempre,
escribes esto porque no puedes no escribirlo,
escribes para no creer que fue
una pesadilla,
un cuento de terror en medio de la noche,
una historia de terror en el oscuro bosque oscuro.

9 de agosto,
silencio,
sólo silencio.

10 de agosto,
nadie se atreve a hablar de lo que hicimos,
evitamos las miradas de los otros,
nos carcome la vergüenza o el desánimo,
lustramos maquinalmente nuestras botas,
caminamos por el bosque sin destino,
nos bañamos con agua helada,
masticamos galletas y salchichas.

11 de agosto,
silencio,

más silencio.

12 de agosto,

el capitán al fin ha salido de su encierro,
paseó un rato por el bosque,
repartió palmadas en los hombros como un padre
que busca consolar a sus pequeños,
y luego volvió a refugiarse en la
alcaldía.

13 de agosto,

el sargento Amat dice que en la capital han
celebrado nuestra entrega,
que habremos de ser condecorados.

14 de agosto,

según el rumor nos movilizarán de un momento
a otro a Krápol,
a unas cuarenta millas al oeste,
el capitán ha exigido a sus superiores que no se
nos asigne otra misión como la previa.

15 de agosto,

hoy el cabo Pertz contó un chiste obsceno y luego
lo festejó con una rotunda carcajada,
la risa se contagió como epidemia, pronto todos
reíamos como desesperados,
la risa agitaba nuestros cuerpos, nos derrumbamos
al suelo de la risa, nos dolía el estómago
de tanta risa,
reímos hasta agotarnos.

16 de agosto,

en unos días partiremos hacia Krápol,
estableceremos allí nuestra base de operaciones,

un pueblo de doce mil habitantes nos han dicho,
dicen que allí estaremos a salvo,
hay comida y bebida en abundancia,
podremos descansar y prepararnos para las
ofensivas posteriores.

17 de agosto,
último día en Vosej,
el silencio ha vuelto a abotagarnos,
felices de marcharnos pero es como si algo nuestro
se hubiese quedado aquí ya para siempre,
empacamos nuestras pertenencias con desgano,
el mal humor invade las barracas,
el sargento Amat y el subteniente Drajurian
no han cesado de insultarnos,
gracias al cielo es el último día en Vosej.

18 de agosto,
Vosej se ha perdido en la distancia,
avanzamos penosamente por el bosque,
nos internamos en el bosque como niños,
niños extraviados en el bosque.

SEGUNDA TAREA

A las 10:06 el batallón 303 de la policía de reserva llega a Krápol en un silencioso tren militar.

A las 10:25 el batallón 303 de la policía de reserva inicia la marcha hacia la base militar.

A las 10:46 el batallón 303 de la policía de reserva se instala en las barracas de la base.

Krápol es una olla vacía en mitad del oscuro bosque oscuro,
un deshuesadero sin colores,
el esqueleto oxidado de una refinadora,
un pantano aceitoso lleno de grúas que se alzan como dedos crispados hacia el cielo,
un chapoteadero turbio y maloliente.

A las 11:03 el gobernador militar da la bienvenida oficial al capitán del batallón 303 de la policía de reserva.

Se suceden himnos y fanfarrias, discursos a los
que nadie presta atención,
palabras como gloria, patria, muerte, venganza,
el capitán escucha sin inmutarse, indiferente,
como si estuviera muy lejos de Krápol.

En Krápol nadie habla de los insectos,
de pronto han perdido hasta su nombre.

El sargento Satrin anuncia al batallón que
tendrán libre el resto de la tarde.

El subteniente Drajurian le escribe una carta más
a Tesa,
tienes que venir, gorrioncito, le escribe,
ya no soporto esto sin ti, tienes que ver lo que es esto,
palomita, le escribe,
ven a mi lado, necesito que me resguardes por las
noches,
ven por favor ven.

Los ancianos del batallón 303 de la policía de reserva
deambulan por el pueblo hasta el anochecer,
observan los huecos escaparates de las tiendas,
beben ácidas cervezas en los bares,
compran sellos postales para sus familias,
miran sin emoción la gigantesca luna que aparece
en el cielo horas antes del crepúsculo.

El calor del verano no cesa siquiera por las noches.

Ebrios y tambaleantes,
los ancianos del batallón 303 de la policía de reserva
regresan a las barracas

y se derrumban en sus catres.

A las 05:30 del día siguiente el clarín anuncia la hora de levantarse.

A los ancianos les duele la cabeza,
sienten náuseas,
se tambalean hasta llegar a las duchas,
el agua fría no los despereza.

Tampoco la chicoria alivia el malestar de los ancianos.

A las 8:15 de la mañana el capitán reúne al batallón en el patio del cuartel para anunciarles las nuevas órdenes.

Esta vez sólo tendremos que escoltarlos,
les informa el capitán con un rictus informe,
nuestra obligación es reunirlos en la estación y cerciorarnos de que suban a los trenes,
eso es todo, caballeros, murmura,
eso es todo.

Nadie pregunta adónde se dirigen esos trenes.

A las 9:45 las tres unidades del batallón 303 de la policía de reserva inician su despliegue por el pueblo.

Los ancianos registran las casas señaladas,
esta vez no hay descargas de violencia,
ni siquiera Jon Guridien pierde los estribos,

todos se comportan con mesura, casi son corteses,
se limitan a preguntar por los infantes,
los conducen a la estación
y se cercioran de que suban a los trenes.

Más de quinientos infantes se hacinan en los carros
de carga de los trenes.

Tú también escoltas a los infantes rumbo a la estación,
tú también esquivas sus miradas,
tú también sientes alivio de sólo tener que custodiarlos
tú también te sientes dúctil y ligero,
tú también los obligas a subir a los trenes,
tú también escuchas el fragor de los motores,
tú también oyes el silbato que anuncia la partida,
tú también te pierdes entre el humo negro y el
estallido de pistones
y, perdido entre tanta actividad, tú también te crees
a salvo.

Tú tampoco preguntas adónde se dirigen esos trenes.

Estás seguro de que quieres que viaje hasta allá,
amor mío,
le pregunta Tesa al subteniente Drajurian,
estás seguro,
pero antes de enviar la carta ya lo ha decidido.

Cada día parte un silencioso tren lleno de niños.

Cuando todos los niños de Krápol han abandonado
ya sus casas,
el capitán recibe la orden de continuar con el traslado
de quienes habitan en los caseríos de la comarca.

Luk Embler ya no piensa en su horno, ya no echa de menos el calor de su horno,
los días en que moldeaba panes suculentos,
no piensa en el pasado, quizás el pasado ya no existe,
no existe su horno ni existen sus panes suculentos,
no existe siquiera la memoria de su horno y de sus panes suculentos,
Luk Embler siempre ha sido un policía.

Erno Satrin continúa con sus diarios paseos por el bosque,
hace calistenia por las mañanas,
es amable con sus subordinados,
los saluda sin dudar cada jornada,
pasa largas horas solo, perdido en el bosque,
y por primera vez, por primera, le gana una partida de ajedrez al capitán.

Las patrullas abandonan Krápol por la mañana,
suben a los camiones militares,
recorren los suburbios y las granjas vecinas,
recolectan a cada uno de los niños y regresan a Krápol a tiempo de depositarlos en los trenes justo antes de la cena.

El sargento Amat se aburre en Krápol,
maldita tarea la que ahora les han encomendado,
tantos años en la policía para terminar como niñeras,
tantos años de entrenamiento para una labor tan insípida,
tan poco peligrosa como acompañar a esos niños a los trenes.

Jon Guridien tampoco soporta ese letargo,
tras varias semanas sin violencia le dispara a una adolescente por la espalda,

la joven vaciló un minuto antes de subir al carro
que él le había señalado.

El capitán reprende a Jon Guridien,
le dice que ya no lo quiere más en su batallón
y que habrá de pedir su traslado,
nadie en la comandancia presta atención a su queja
y la burocracia detiene el papeleo.

Tesa toma un tren desde el puerto hasta Zoridi,
y de allí alcanza una conexión que la deja en Hrax,
a un par de millas de Krápol,
donde el subteniente Drajurian pasa a recogerla
en un vehículo que le ha cedido el teniente Amat.

Al ver las manos de su prometido Tesa no se explica
por qué viajó hasta Krápol.

En la parte posterior del vehículo militar, el
subteniente Drajurian manosea los pechos de su
amada,
Tesa llora como siempre.

En dos semanas, nos casaremos en dos semanas,
le dice el subteniente Drajurian para consolarla,
he pedido el permiso y me lo han concedido, palomita,
ahora sí estamos cerca, sonríte por favor, gorrioncito,
basta de lágrimas y sonríte.

Tesa deja de llorar, desorientada,
mientras el subteniente Drajurian besa sus pezones.

Más que una paloma o un gorrión,
Tesa es un canario atrapado en una jaula.

El subteniente Drajurian insiste en acostarse con Tesa en cuanto llegan a las barracas, ella se resiste y Drajurian la insulta hasta cansarse.

Los ancianos observan a Tesa, los lánguidos pómulos de Tesa, la mínima cintura de Tesa, el alto cuello de Tesa, los labios encarnados de Tesa, las nalgas espléndidas de Tesa, y no comprenden por qué ama a Drajurian, ese perro.

Por la noche, Tesa y Drajurian duermen en la misma cama, sin tocarse, él colmado por la ira, ella temblorosa.

Tesa sueña que sueña eternamente, sueña que sueña que sueña y por fin descansa.

Hoy comprenderás cuál es nuestra tarea, le dice Drajurian a Tesa al amanecer.

Una vez que Tesa se ha acicalado, que ha peinado sus cabellos rubios y los ha recogido con un moño que se ha puesto un discreto traje sastre verde olivo, las medias blancas como leche y unos discretos pendientes de oro, Drajurian la presenta a sus camaradas, este es Embler, este Guridien, este Amat, y ese de allá es el capitán, un fantasma borroso y altanero, Tesa le hace un discreto mohín a cada uno, única mujer en aquel campo de ancianos.

Iremos a Vólzar, a ochenta millas,

le informa Drajurian a su prometida,
promete que serás discreta, el capitán no puede
descubrirte,
insiste Drajurian como si le entregase un precioso
regalo de cumpleaños.

Si Krápol es un cuenco en medio del oscuro bosque
oscuro, Vólzar es su reverso,
miserables chozas que escalan al azar una colina,
becerros flacos y un par de corderos achacosos,
severas facciones campesinas,
el sol brioso y la sensación de sólo toparse
con enfermos.

El convoy incluye un par de camiones militares,
bastan treinta ancianos del batallón 303 de la policía
de reserva para localizar a los niños del pueblo
y conducirlos a la estación de tren de Krápol.

Tesa se oculta en la parte posterior de un
carro militar,
llena de una emoción que no sabe si le gusta o la
destroza.

Tesa se asoma por la ventanilla trasera del carro
y observa las sucias casuchas de Vólzar,
los rostros estragados de sus habitantes, su andar
tembloroso, sus pieles reseca y sin alma.

De pronto el carro se detiene,
Tesa escudriña a los ancianos del batallón 303 de
la policía de reserva mientras ascienden la colina,
observa cómo atrapan a los niños andrajosos y siente
que algo en su pecho se revienta.

El subteniente Drajurian dirige las operaciones, haz esto, haz aquello, tú aquí, tú allá, vamos imbécil, adelante, vamos estúpido, de prisa, la voz engolada y presuntuosa como un maestro de ceremonias en un baile o un pavo real frente a sus rivales.

Avergonzados, los miembros del batallón 303 de la policía de reserva piensan que es un acto de pura maldad o de locura obligar a una chica como Tesa a mirar lo que ellos hacen.

Luk Embler quisiera colocar sus anchas manos en torno al cuello del subteniente Drajurian y apretar, apretar hasta cansarse.

De vuelta en el carro militar, el subteniente Drajurian sonrío y pasa su brazo por el hombro de su prometida, ella lo deja hacer y luego se encoge sobre su pecho, un canario en el pecho de Drajurian.

De regreso a Krápol, Luk Embler corre a ver al capitán y, sin aliento, atropellándose, le cuenta lo que ha hecho Drajurian, una mujer en el campamento ya era desmedido, y ahora la ha llevado a Vólzar, obsceno, capitán, como si estuviéramos desnudos, miserables ancianos desnudos frente a ella, el capitán cierra los ojos y promete medidas ejemplares.

Tesa abandona Krápol por la mañana,
el subteniente Drajurian la despide en el andén
con una sonrisa,
ella por fin sabe quién es su amado,
lo sabe pero no se atreve a romper su compromiso.

CLEMENCIA

En Trotigg, un pueblo de quince mil habitantes
a ochenta millas de Krápol,
vaga depresión a mitad del oscuro bosque oscuro,
unos cuantos revoltosos se oponen a las operaciones
de limpieza comandadas por el sargento Amat
y, construyendo una trinchera en la plaza del
mercado, disparan sus fusiles achacosos contra
los invasores,
al terminar la refriega hay un cabo herido en el muslo
derecho, torpe cabo,
y un soldado raso con el cráneo partido en dos,
estúpido raso,
infames revoltosos,
ni una sola nube enturbia el cielo de fines del verano,
el sargento Amat dispone represalias ejemplares,
disfruta al planear las represalias,
él mismo encabeza a los francotiradores que en apenas
media hora acaban con los revoltosos,
sus cuerpos exangües esparcidos por la plaza
del mercado,
luego dispone que una veintena de niños sean
fusilados allí mismo, en la plaza del mercado,
en vez de ser conducidos a los trenes,
veinte niños de caras rubicundas,
veinte niños escogidos al azar,
el sargento Amat los señala con el dedo,
tú y tú y tú y tú,

les ordena colocarse en fila en medio de la plaza,
ni una nube aplaca el sol de fines del verano,
tú y tú y tú y tú,
los habitantes del pueblo son obligados a presenciar
el sacrificio,
se apelotonan en las esquinas vigilados por los
hombres del batallón 303 de la policía
de reserva,
el sargento Amat sonrío con descaro,
ustedes creían que podían frenar nuestros designios,
exclama en voz alta,
creían que podían echar abajo nuestra voluntad
y nuestro orgullo,
grita hacia un lado y hacia el otro,
pues ahora comprobarán cuál es nuestro temple
y cuál nuestra energía,
ni una nube ensucia el cielo del verano,
los niños lloran en medio de la plaza,
este es el precio de su vana rebeldía, exclama
el sargento Amat con voz de roble,
este es el precio de cuestionar nuestro poder
y la amplitud de nuestro sino, exclama el sargento
Amat con voz de fuelle,
ustedes serán los culpables de estas muertes, sólo
ustedes, infames ciudadanos de Trotigg,
ustedes condenaron a estos niños, exclama el sargento
Amat con la garganta desgarrada,
los niños se apelotonan y gimen en la plaza,
ni una nube empaña el opresivo bochorno de fines
del verano,
los habitantes de Trotigg contemplan la escena desde
las esquinas,
vigilados por los hombres del batallón 303 de
la policía de reserva,
el sargento Amat grita fuego y uno de los ancianos
dispara contra un niño, directo al pecho,
el cabello albino del niño se revuelve antes de caer
sobre la plaza,
sus compañeros lanzan un bufido,

se escucha el lamento de una mujer,
el capitán Amat sonríe y dice fuego y otro anciano
dispara contra otro niño,
su cabello pelirrojo se revuelve y otra mujer
chilla,
el capitán Amat sonríe y dice fuego y otro anciano
dispara contra otro niño,
su cabello rubio se revuelve y otra mujer aúlla,
el capitán Amat sonríe y dice fuego y otro anciano
dispara contra otro niño,
su cabello negro se revuelve y otra mujer gime,
el capitán Amat sonríe y dice fuego y otro anciano
dispara contra otro niño,
su cabello rubio se revuelve y otra mujer insulta
al capitán y a dios al mismo tiempo, a los dos les
dice perros,
el capitán Amat sonríe y dice fuego y otro anciano
dispara contra otro niño,
su cabello pajizo se revuelve y otra mujer se desmaya
y cae al suelo,
entonces ocurre algo insólito,
una de las niñas que quedan en la fila, una niña
de nueve o diez años con el largo cabello negro
hasta los hombros,
una niña de gigantescos ojos expansivos, rostro
trémulo y labios palpitantes,
se desprende de la fila y corre hasta donde se
encuentra el sargento Amat,
corre hacia Amat y se abraza a una de sus piernas,
la niña de rostro trémulo y labios palpitantes se
aferra a la pierna izquierda del sargento Amat
como si fuese una balsa a la deriva,
el sargento Amat, el fiero sargento Amat duda por un
momento,
lo estremece la sorpresa, jamás imaginó que uno de
esos niños y menos esa niña de largos cabellos
azabache,
la niña llora y se aferra a su pierna,
su llanto dura una eternidad allí, en su pierna,

el sargento Amat duda por un minuto, observa el rostro trémulo de la niña y sus labios palpitantes y duda un instante, sólo eso, luego, con la voz devastada por la ira, ordena a uno de sus soldados apartar a la niña de su pierna pero sin dejar de mirarla, sin dejar de mirar sus ojos gigantescos, el sargento Amat dice algo inesperado, tú habrás de vivir, dice, tú, sólo tú, y ahora llévensela de aquí, dice el sargento Amat con la voz diluida por la ira, no pasa un segundo antes de que se recomponga y vuelva a sonreír y a gritar fuego y otro anciano dispara contra otro niño, su cabello color mostaza se revuelve y otra mujer se desploma, y el sargento Amat sonríe y grita fuego.

CAZA

Había una vez,
en medio del oscuro bosque oscuro,
una tribu de niños extraviados,
niños rubios y morenos y albinos y pelirrojos,
niños provenientes de las comarcas aledañas,
niños valientes de ojos acerados y niñas pusilánimes
de largas mejillas con colorete,
niñas pulcras y atildadas y niños turbulentos
y salvajes,
niños con enormes gafas tambaleantes y niños
con cuerpos de pequeños atletas,
niñas soñadoras y niñas desprovistas de futuro,
niños ingeniosos constructores y niñas cocineras
minuciosas,
niños diestros para cazar salamandras y niñas
educadas para inclinar la cabeza ante sus
mayores,
niñas genio y niños problema,
niños que lloraban por sus lejanos osos de
peluche y niños que construían castillos
con ramitas,
niñas impertinentes y fugaces y niñas propietarias
de mil historias,
niños taciturnos y niñas parlanchinas,
niños duendes y niñas doncellas,
niños caballeros y niñas hadas,
niños perdidos en el oscuro bosque oscuro,

niños fugitivos,
niños ladrones,
niños amenazas,
niños delincuentes,
niños plaga,
niños que habrán de ser exterminados.

Luk Embler se interna en el oscuro bosque oscuro,
el sargento Amat le ha explicado machaconamente
su misión, su nueva misión,
Luk Embler esquiva la enramada amenazante
y se pierde en la espesura,
el verano es ya una fantasía,
frente a él se extiende el imperio del carmín
y el bermellón,
hojas incandescentes en lo alto y hojas mancilladas
por sus botas,
un ácido vientecillo golpea su rostro,
Luk Embler deambula con sigilo,
pinos y abetos protegen a los enemigos, abetos
y pinos enemigos ellos mismos,
hace mucho que Luk Embler no piensa en
su horno y en sus panes succulentos, hace mucho
que no piensa,
Luk Embler avanza con sigilo en la espesura,
la pistola fuera del estuche, su dedo en el gatillo,
Luk Embler otea hacia un lado y hacia otro,
cigarras, ranas y lechuzas vociferan en su contra,
el bosque es un estrépito de bichos,
cada sombra la sombra de un fantasma, el cielo
se torna cian y púrpura en lo alto,
y un velo de niebla se instala entre sus pasos,
Luk Embler es sólo ya una máquina, un autómeta
que deambula con sigilo en medio del oscuro
bosque oscuro,
cazador que odia la caza,
Luk Embler avanza con sigilo en la espesura
y por fin allá, a unos cuantos metros, allá, apenas

a unos pasos,
detrás de aquellos abetos y detrás de aquellos pinos,
allá,
distingue una vaga forma que se mueve, una silueta
que se oculta, una sombra que le teme.

Por más que buscan y buscan,
los niños extraviados en el bosque no encuentran
la cabaña con muros de caramelo.

Jon Guridien conduce una patrulla de cuatro
ancianos y dos perros, dos mastines de belfos
furibundos y colmillos en ristre,
los ancianos se adentran poco a poco en la espesura,
lentos y cansinos,
mientras los dos mastines se lanzan desbocados
por sus presas,
agotan la arboleda, bufan y salivan su odio de bestias
prehistóricas,
Jon Guridien admira su falta de prejuicios, su
entrenamiento eficiente y silencioso,
la precisión con que asesinan a sus víctimas,
con ellos no hay resquemores ni patéticas muestras
de clemencia,
ellos no zozobran ni le temen al infierno,
los mastines son héroes, militares de primera línea,
máquinas de combate que no dudan
ni se conmueven,
allí van los dos mastines, raudos y callados, husmean
el olor de los niños en el bosque,
siguen sus rastros minuciosos como si siguieran
un camino de guijarros,
se acercan inextricables a sus víctimas, reconocen
a la distancia sus humores y no dudan,
qué eficacia piensa Jon Guridien,
no dudan y se lanzan contra los cuerpecitos
indefensos,

contra los flacos tobillos y los muslos
agotados,
contra los brazos delgadísimos y las mejillas
demacradas,
los mastines salivan y braman y no dudan,
criaturas hermosísimas.

Dónde podrían esconderse los niños fugitivos dónde,
en las cavernas de osos y mapaches, en los riachuelos
acompañando a sapos y peces de colores,
en los nidos de águilas y buitres, en los túneles
de topos y sabandijas, en las madrigueras
de liebres y hurones,
dónde.

Jamás tomen el camino del bosque porque hay lobos
al acecho,
escucharon los niños decir a sus abuelas poco antes
de que ellas fueran devoradas por los lobos.

Una banda formada por cuatro o cinco mocosos
zigzaguea en el bosque a toda prisa,
tú por allí, tú por allá,
pinos y abetos los protegen mas no lo suficiente,
las ráfagas de muerte los alcanzan,
una niña morena de ocho años y un niño rubio de doce,
los dos se precipitan sobre el musgo y la hojarasca,
la hojarasca es su tumba y el musgo su epitafio.

Luk Embler o lo que queda de Luk Embler dispara
a ciegas en el oscuro bosque oscuro,
aprieta el gatillo y mira hacia otra parte, sus dientes
castañetean,
de sus labios sólo surgen maldiciones,
mira hacia otra parte y sí, dispara.

Jon Guridien, en cambio, no vacila,
cada vez que distingue un escorzo humano, un jirón
blanco entre las ramas, cierta palidez en la espesura,
Jon Guridien dispara y lleva la cuenta de sus víctimas.

El otoño se tiñe aún más de rojo.

ÚLTIMA TAREA

Había una vez,
no lejos del oscuro bosque oscuro,
una ciudad en los márgenes de un caudaloso río,
sus habitantes eran gente honesta e industriosa
que vivía en amplias casas de ladrillo,
con el tiempo la ciudad se volvió pacífica y muy rica
hasta que un día ocurrió algo extraordinario,
siempre hubo ratas en la ciudad,
ratas como en todas las ciudades,
infinidad de ratas que terminaban devoradas
por los gatos,
pero de la noche a la mañana las ratas se
multiplicaron,
cientos de ratas, miles y miles de ratas,
un negro mar de ratas se apoderó de la ciudad,
atacaron graneros y almacenes, ropa de cama
y vestimentas,
negro mar de ratas,
los honestos habitantes de la ciudad acudieron
al ayuntamiento a toda prisa
y exigieron una respuesta a tantos estropicios,
las ratas devoraron mis botas, las ratas devoraron
mi sayal y el de mi esposa, las ratas mordieron
las piernas de mis hijas,
un concejal dijo armemos un ejército de gatos,
pero alguien le respondió cómo un ejército cómo,
si todos los gatos están muertos,

un segundo concejal dijo por qué no envenenamos la
comida, pero alguien le respondió que no quedaba
ya comida,
los honestos y aterrorizados ciudadanos
se lamentaban,
qué será de nosotros qué,
cuando se escuchó un golpe en la puerta del
ayuntamiento, primero un golpe y luego otro,
la puerta se abrió y ante los aterrados habitantes
de la ciudad compareció un hombre alto
y desgarbado
con una capa bermellón, un sombrero de pluma
y una flauta color oro bajo el brazo,
quién es ese hombre quién, dijo alguno, y qué quiere
de nosotros, dijo otro,
pero el hombre alto y desgarbado, con su capa
bermellón, su blanca pluma y su flauta color oro
alzó la voz y dijo
yo he liberado pueblos enteros de plagas de polillas
y murciélagos, dijo,
y no quedó una sola polilla ni un solo murciélago
en esos pueblos, dijo,
por mil florines me ofrezco a liberar su pulcra ciudad
de las ratas, del negro mar de ratas, dijo,
los habitantes de la ciudad asintieron y el alcalde
respondió te daremos cinco mil florines, cinco mil,
si nos liberas de las ratas,
cuando el sol aún no se había hundido en el horizonte,
el hombre alto y desgarbado sonó su flauta,
su delgada flauta color oro,
y las ratas salieron de sus escondites y comenzaron
a seguirlo,
cientos de ratas detrás de su capa bermellón
y su blanca pluma,
miles y miles de ratas detrás del ágil sonido de
su flauta, de las florituras de su flauta,
de los arpegios de su flauta,
interminable mar de ratas,
y el hombre alto y desgarbado condujo a las ratas

a un acantilado,
allí condujo al negro mar de ratas y las obligó a
tirarse al precipicio,
una tras otra, una tras otra,
las ratas se precipitaron en el abismo y el negro mar
de ratas se esfumó de la memoria.

No, otra vez no,
la voz del capitán es ya más que un gemido,
un estrépito de cristales en su interior,
otra vez no,
murmura para sí,
el sobre amarillo aún en sus manos,
de nuevo la palabra urgente y la palabra confidencial
y su nombre impreso allí,
en esas malditas órdenes de la capital,
no puede ser, no,
la voz del capitán se rompe,
otra vez no, cielo santo, otra vez no,
el pueblo ahora se llama Drancol, en el extremo norte
del oscuro bosque oscuro,
doce mil personas según el viejo censo y unos
dos mil niños que han de ser exterminados,
uno tras otro, uno tras otro,
esas son las nuevas instrucciones.

Erno Satrin ya no boxea con su sombra,
ya no emprende sus largas caminatas por el
bosque,
ya no hace calistenia bajo la roja luz del otoño,
ya no lee novelas ni recuerda las muñecas de su padre,
las muñecas de incandescentes ojos verdes,
ya ni siquiera juega al ajedrez con el capitán.

Luk Embler se ha vuelto mudo o casi mudo,
sus balbuceos son indescifrables,
un hilo de baba escurre de sus labios cuando

amontona dos o tres sílabas confusas, luego
calla de nuevo,
el silencio es para Luk Embler su guarida,
los demás lo piensan estúpido o demente pero
a Luk Embler no le importa,
se refugia en su guarida y desprecia las palabras
como desprecia todo cuanto vive.

Por fin ha llegado el permiso para el subteniente
Drajurian,
diez días de permiso para viajar de vuelta al puerto
y casarse al fin con Tesa,
el subteniente Drajurian se apresura a empacar,
no disimula su júbilo aunque apenas se despide,
le agradezco, capitán,
alcanza a decirle cuando toma el primer tren de
los muchos trenes que al cabo habrán de llevarlo
de vuelta al puerto,
el océano en lontananza,
el subteniente Drajurian monta en el tren y aguarda
con paciencia su destino,
el altar barroco de la iglesia de Santa Prícida, las
graves notas del órgano,
Tesa envuelta en raso blanco, el rostro de Tesa
disimulado bajo el velo, él con su uniforme de gala,
al subteniente Drajurian lo adormece el drástico
vaivén del camino,
se pierde en sus ensoñaciones, el altar y el blanco
vestido de su amada,
la morosa cantilena del pastor, los labios de Tesa
bajo el velo,
el subteniente Drajurian pasa de un tren a otro
como se pasa de un minuto al siguiente,
por fin llega a la estación central del puerto,
el océano en lontananza,
pero Tesa no está allí para recibirlo,
lo recibe en cambio el anciano padre de Tesa,
un militar retirado que ha de tener más

de mil años,
el subteniente Drajurian se espanta con el gesto
del anciano, con sus arrugas de siglos,
dónde está Tesa dónde,
pregunta el subteniente Drajurian al anciano,
sus arrugas de siglos sufren un terremoto,
los ojos del viejo militar se llenan
de lágrimas heladas,
lo siento, hijo mío, musita la voz octogenaria, la voz
de siglos,
sólo horas después, cuando el anciano le entregue
la última carta de Tesa, la última,
el subteniente Drajurian comprenderá que la noche
anterior a su llegada,
esa noche a la vera del océano,
después de haber terminado aquella carta, la última
carta,
Tesa se llevó una navaja a la bañera, pobre Tesa,
palomita, gorrioncito,
estúpida Tesa, maldita Tesa,
la puta, la muy puta.

El sargento Amat al fin clama victoria,
sus músculos adormecidos se tensan como hierro,
sus pulmones vuelven a ser fuelles,
es helada la noche pero el sargento Amat imagina
ríos de sangre adentro de su cuerpo,
la mañana colmada de riesgo y aventura,
las órdenes bramadas a diestra y siniestra,
sus hombres de nuevo hombres,
los amortiguados cuerpos infantiles en el lodo,
el hedor sepulcral que para él anuncia vida,
ese olor adictivo del que no puede privarse sin sentir
que la vida ya no es vida.

Jon Guridien se masturba una y otra vez en la letrina,
la gélida luna lo enardece,

se masturba y piensa en las blancas pieles de los niños,
se masturba y piensa en sus tetillas diminutas
y crispadas,
se masturba y piensa en sus vergas inofensivas
y sus ojos de sabuesos,
se masturba y piensa en sus labios amoratados
y sus espaldas rasguñadas,
se masturba y piensa en sus heridas.

A todos,
exclama de nuevo, furioso, el capitán.

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo,
no quedaba una sola rata en la próspera ciudad,
el negro mar de ratas hundido en el abismo,
entonces el hombre desgarrado, con la capa
bermellón, la blanca pluma y la flauta
color oro,
se presentó en el ayuntamiento ante el alcalde y los
concejales de la rica ciudad,
he cumplido mi promesa y he librado a la ciudad
de las ratas, dijo el hombre de la flauta color oro,
reclamo ahora el pago por mis servicios, dijo,
los cinco mil florines que me prometieron, dijo,
el alcalde lo interrumpió de sopetón,
cinco mil florines es un exceso, lo rebatió,
las ratas están muertas y enterradas, el negro mar de
ratas no volverá a inundar nuestra ciudad, le dijo,
confórmate con cincuenta florines o ni siquiera eso
tendrás,
concluyó el alcalde sin dar tiempo a otras discusiones,
el hombre desgarrado recogió su capa bermellón, dejó
al aire su blanca pluma, colocó la flauta color oro en
un estuche
y, orondo y confiado, maldijo a los habitantes de la
próspera ciudad,
lamentarán haber roto su promesa, les dijo

y se desvaneció con la misma celeridad con que había
llegado,
los habitantes de la ciudad quedaron fulminados
por un escalofrío,
volvieron a sus casas y esa noche, esa noche de
primavera, agotados por su lucha con las ratas,
durmieron un sueño profundísimo,
tan denso sueño que, cuando comenzaron las agudas
notas de la flauta, sólo los niños alcanzaron a
escucharlas,
agudas notas que producían una envolvente melodía,
música que se metía en los oídos de los niños y los
arrebataba de sus camas,
música celestial que llenaba sus cabezas y los
impulsaba a salir y a tomar el camino principal
de la ciudad,
música empalagosa que sacudía cada uno de sus
músculos y los empujaba rumbo a la salida
del pueblo,
hacia el oscuro bosque oscuro,
una procesión o un desfile,
el hombre de la capa bermellón y la blanca pluma
seguía tocando su flauta color oro,
arrancándole sonidos a su flauta color oro,
deslizándose sus armonías suaves y diabólicas
en los cuerpos de los niños,
hacia lo más oscuro del oscuro bosque oscuro,
el hombre se detuvo ante una imponente
roca negra,
el hombre tocó su flauta más fuerte que nunca,
más fuerte,
hasta que la roca se partió en dos,
una larga herida en medio de la roca,
y los niños comenzaron a introducirse en aquella
cueva,
uno tras otro, uno tras otro,
y quedaron atrapados en las entrañas de la roca,
entonces el hombre alto y desgarrado, con la capa
bermellón y la blanca pluma,

sonó su flauta por última vez,
el agudísimo sonido de su flauta,
y la grieta se cerró para siempre,
para siempre,
sólo un niño pequeño, sólo uno, alcanzó a escapar
de las entrañas de la roca,
corrió a la próspera ciudad a contar lo que había
sucedido,
por más que hicieron y rogaron, por más que rezaron
y se arrepintieron,
los honestos habitantes de la ciudad jamás lograron
penetrar en las entrañas de la roca,
los niños se quedaron atrapados para siempre,
sus cuerpos y sus voces atrapados en la roca para
siempre,
y nadie nunca supo qué fue de ellos.

MUCHOS AÑOS DESPUÉS

Al cabo de dieciocho meses de operaciones
en los territorios ocupados,
dieciocho aciagos meses,
el batallón 303 de la policía de reserva fue
al fin desmovilizado,
sus quinientos miembros volvieron a sus casas,
no lejos del oscuro bosque oscuro,
y poco a poco se reintegraron a la vida,
soportaron los incesantes bombardeos que se
prolongaron por tres años,
dulces bombardeos,
paladearon la zozobra como un bálsamo,
unos cuantos perecieron bajo las bombas
enemigas,
plácidas víctimas,
otros más murieron a lo largo de esos años,
diez o veinte acribillados cuando los enemigos
al fin se adentraron en el puerto,
veinte o treinta por la vejez o causas naturales,
otros tantos desaparecidos en medio de la nada,
diecisiete suicidios jamás revelados a la prensa,
los demás en cambio resistieron, sobrevivieron al frío
y al hambre de posguerra,
a los remordimientos y las acusaciones, a los juicios
sumarios y los tribunales ex profeso,
poco a poco regresaron a sus historias
cotidianas,

uno tras otro, uno tras otro,
a los celos y a la rabia y al temor y a la envidia
y a la risa sin motivo,
el pasado arrinconado en las trincheras,
en la drástica oscuridad del bosque oscuro,
algunos reencontraron a sus hijos y llegaron
a cargar en hombros a sus nietos,
y volvieron a contarles cuentos de hadas,
e historias de terror.

El capitán regresó al puerto como los otros,
el rostro devastado por el viento,
la voz disminuida,
los ojos opacados para siempre en el espesor
del bosque oscuro,
sobrevivió en silencio a los últimos estallidos
de la guerra
y, tras la rendición, recuperó su cargo de policía
de carrera,
sus superiores le concedieron los galones de mayor
y lo trataron con el respeto reservado a los
patriotas y los héroes,
al cabo de unos meses las autoridades de los antiguos
territorios ocupados reclamaron su presencia,
lo acusaron de ordenar ejecuciones,
un tribunal dictaminó su culpa y su condena,
al día siguiente el capitán pendía de la horca,
nadie habló a su favor,
nadie,
se dice que arrostró la muerte con resignada
gallardía.

El sargento Satrin no corrió con mejor suerte,
volvió a su fábrica, la fábrica de su padre,
que ya no fabricaba ambulancias en miniatura
ni muñecas de ojos verdes,
sino sólo extrañas refacciones para coches militares,

incluso metralletas,
Erno Satrin dirigió la fábrica hasta que fue
clausurada,
tras la derrota,
se encerró en la antigua casa familiar a cal y canto,
recorría sus pasillos en silencio, cabizbajo,
hasta que llegó otra orden de captura desde los
antiguos territorios ocupados,
la captura de Erno Satrin,
criminal de guerra,
cómplice del capitán del batallón 303 de la policía
de reserva
que ordenó el cruel ajusticiamiento de quince
partisanos.

El sargento Amat y el subteniente Drajurian jamás
fueron llamados a cuentas,
el sargento Amat continuó su carrera como policía
en el puerto hasta su jubilación a los setenta años
fue homenajeado por el alcalde y sus compañeros
le dedicaron una polka y una marcha,
y organizaron un banquete para alabar su entereza
y bonhomía,
el subteniente Drajurian siguió en la policía sólo
un año después de la derrota,
luego se casó con otra muchacha del puerto,
una joven escuálida y casi muda,
de larguísimos cabellos azabaches,
y se dedicó a la venta de casas y terrenos
hasta el día de su muerte,
a los ochenta.

Jon Guridien no quiso volver al puerto ni al pasado,
pidió su ingreso en los comandos especiales
del ejército de tierra,
permaneció otros dos años en los territorios
ocupados,

ganó una medalla al heroísmo y otra cuando
una mina le arrancó la pierna derecha
y la mitad de la cadera,
y pereció en su cama de hospital durante uno
de los últimos bombardeos contra el puerto.

Luk Embler retornó al puerto,
atisbó los rotos cristales de su panadería,
los restos humeantes de su horno,
nada pensó ante aquellas ruinas,
nada,
y luego escapó para siempre de la historia.

Y qué fue de ti, lector, nadie supo.

México, DF, 4 de mayo de 2009

Índice

RECLUTAMIENTO.....	5
ENTRENAMIENTO.....	23
ÓRDENES.....	37
PRIMERA TAREA.....	44
PESADILLAS.....	61
DIARIO.....	69
SEGUNDA TAREA.....	74
CLEMENCIA.....	84
CAZA.....	88
ÚLTIMA TAREA.....	93
MUCHOS AÑOS DESPUÉS.....	101

Jorge Volpi (México, 1968) es autor de las novelas *A pesar del oscuro silencio*, *La paz de los sepulcros* y *El temperamento melancólico*, así como de la “Trilogía del Siglo XX”, formada por *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve), *El fin de la locura* y *No será la Tierra*. También ha escrito los ensayos *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* y *La guerra y las palabras. Una historia intelectual de 1994*. Sus libros más recientes son *Mentiras contagiosas* (Premio Mazatlán 2008) y *El jardín devastado*. En 2009 le fue concedido el II Premio de Ensayo Debate-Casamérica por su libro *El insomnio de Bolívar. Consideraciones intempestivas sobre América Latina a principios del siglo XXI*. *Oscuro bosque oscuro* marca el brillante regreso de Jorge Volpi al tema que lo distinguió como un autor capaz de sondear las zonas más escabrosas de la historia reciente.

OSCURO BOSQUE OSCURO

de Jorge Volpi
se terminó de
imprimir
y encuadernar
en agosto de 2009,
en los talleres
de Litográfica Ingramex,
Centeno 162,
Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa,
México, D.F.

Para su composición tipográfica se emplearon las familias Bell Centennial y Steelfish de 11:14, 37:37 y 30:30. El diseño es de Alejandro Magallanes. La impresión de los interiores se realizó sobre papel Cultural de 75 gramos y el tiraje consta de cuatro mil ejemplares.

Este libro pertenece a la colección *Mar Abierto*
de Editorial Almadía,
donde se da cabida a los viajes
más ambiciosos y logrados
de la narrativa contemporánea,
aquellos que descubran islas inexploradas
o transmitan la experiencia de la inmensidad oceánica,
que hace posible la navegación.